



Índice

❖ Creación literaria.

○ Poesía

- *Inmaculada Concepción Barrerda Martínez*. España.
- *Jair Antonio Hernández Quintero*. Colombia.
- Pablo Ricardo Silva Guadarrama.
- Nathalie Mairam Acosta Reyes. México.
- Érika Selene Pérez Vázquez. México.
- Jun Sun Oh! (Carlos Sevilla). México.
- Alejandra Q. Pérez. México.
- Marilyn Rivera Ayala. Estados Unidos.

○ Narrativa, cuento y novela

- *Horacio de los ojos grandes*. Jorge Armando Ibarra Ricalde. México.
- *M. Pastrana (Avance de novela)*. Karla Hernpandez Jiménez. México.
- *Éxodo*. Eduardo Omar Honey Escandón. México.
- *Nomen Nescio*. Rodrigo Castro Moral. Estados Unidos.
- *Brujas modernas: EEI espejo abrumado y algunas otras barrabasadas*". Gabriela Torres Hernández. México.
- *El Vaso*. Claudia Castañuela Hernández. México.
- *Fragmentos de una testigo*. Joe Satanislao Montes Colunga. México.





Creación literaria

Poesía

Inmaculada Concepción Barrera Martínez

galatierramedia@hotmail.com

ESPAÑA

Apuntes

El sol abrazó las nubes.

-Quisiera huir al infinito

-¿Sola?, pensé que estaba incluido en el viaje.

Las olas caracolearon gracilmente. Lo miró, él acarició su moreno rostro, la tostada arena se hundió en el agua, la besó, notó la humedad de sus mejillas. El eterno litigio de sus padres había acabado, lo pillaron haciendo castillos en la playa con una veinteañera, la sospecha confirmada. Se acercaba el final del verano.

Dialogo primero.

Leo (del 23 de julio al 23 de agosto):

La vida en pareja te seguirá dando muchas satisfacciones y repercutirá muy positivamente en el hogar.



- Clara la lleva si espera que lo llame, ¿qué se habrá creído?, mucho orgullo tengo para rebajarme de esa manera, ni mirarlo a la cara si lo veo por ahí, que es un chulo del tres por cuarto y yo no tengo un pelo de tonta. Que no me llama pues que no me llame, a mi me da igual, ya ves tú lo que le importa nuestra relación, pero a mi me da igual, mañana me voy a la verbena, bien guapa y a tontear con sus amigos que eso le va a fastidiar. A mi es que no me importa nada, ya casi ni me acuerdo de su cara

-Pues yo creo que se te comen los demonios por llamarlo

-¡ A mi !, ¡pero qué dices!, no me interesa , no ves lo feliz que soy



-Si espera que la llame se puede quedar sentada porque se va a cansar, no tengo la menor intención de rebajarme ante ella y darle el gusto, tiene muchos humos la señorita, ni mirarla a la cara pienso. Aquí lo único claro es que a ella lo nuestro le importa un pimiento, yo ya ves tú, tan tranquilo y mañana me planto a mi lado un bombón para que se chinche y venga arrumacos. Ya ves , bien pronto que la olvido

- Pues yo diría que estás deseando llamarla

-¡Yo!, venga ya hombre, menudo disparate, a mi ella me tiene sin cuidado, no ves lo feliz que estoy

Dialogo dos

Cielos nubosos en la mitad oriental y en el área del Estrecho con precipitaciones irregularmente más intensas en la costa...



-Vaya asco de día tanto llover y que no para, a mi estos días me matan, me vuelven de un sentimental...para llorar y estar en la cama y dormir y dormir...

-Para olvidar que tú y Teo rompisteis un día como este

¡Ah eso!, ya ni me acordaba

-¿A no?, bien rápido que olvidas

-Te acostumbras...mañana hará solo...

Por mucho sol que haga no te va a secar los recuerdos

-Anda déjame... ¿lo has vuelto a ver?

¿A Teo?, si, un par de veces, nos echa mucho de menos, le ha costado la propia vida hacer amigos nuevos

-Nadie le dijo que se fuera del grupo... ¿se le ve feliz?

-No sabría decirte, como la felicidad se puede fingir

-¿Sigue con...?



- Si y les va bien
- Y a mi que
- Mujer por si lo preguntabas
- Igual lo finge
- Chica, te acabas de contradecir, ha dejado de llover
- En la calle si...





Jair Antonio Hernández Quintero

jaherko@yahoo.es – herkoanja3110@yahoo.com

COLOMBIA

POEMA

Océanos insondables
De playas exquisitas
Donde cantan las letras
Y los lápices sueñan
Con mares de colores
Que mecen en sus olas
Los versos de mis libros
Vestidos de corales
De musgos y de helechos
Que caminan descalzos
Y navegan solitarios
Sobre las blancas espumas
Que dejan los veleros
Cuando zarpan tranquilos
Hacia lejanos puertos
Donde mil marineros
Escriben sus historias
En páginas doradas



Con plumas infantiles
Y pipas encantadas
¡Que suspiran nostalgias!
Por esos soles niños
Amarillos y rojos
¡Abrazados al alma!
Nacidos en los libros
De páginas soñadas
Que fue borrando el tiempo
¡...En la tarde de los años...!



¡Ilusiones!
Cuando cambiemos los sueños
Por las lunas infantiles
Y las flores sin bautismo
Por los soles olvidados,
Serán niños los poemas
Y los versos tendrán alas
Y volarán tranquilos
Sobre olas de ensueños...
En mares de nostalgias
Iremos madurando versos



En esas doradas playas
Donde duermen los luceros
En las marinas tardes
Cuando la brisa canta
En las lejanas palmas
Vestidas de lentejuelas
Y de guirnaldas blancas
Que saludan coquetas
Las más tiernas auroras
Que se nacieron al alba
Cuando el corazón dormía
En las lóbregas cavernas
Donde descansa el alma...
Cuando se duerman las rosas
Nacerán estrellas pardas,
Cantarán las alondras
Y los ruiseñores todos
Entonarán canciones
Que irán por los aires
Sublimes de ilusiones
O cansadas de los años,
Mecidas por los vientos
¡En las nubes azulosas
Del imponente cielo...!



¡Caminemos!

¡Ven, caminemos juntos!
Que la noche fresca está
Los luceros encendidos
Brillan en el cielo ya...
La luna se hace cerca
Y con silencios camina
Va bordando las estrellas
Que titilan a lo lejos
Con sus luces de cristal,
Son de coral y de nieve
Bruñidas en fina plata
Para iluminar la noche
Con la escarcha de tus pies...
La luna nos va siguiendo
Por las riberas del río
Camina de nuestro lado
Cual eterna compañía
Sumergida en las aguas
Que brillan hasta los cielos
Cual efímera ilusión
¡Ay, yo quisiera bajarla!



Entre tus manos ponerla,
Que alegre tu corazón
Cuando la noche se vaya
¡Por los caminos del cielo!
Entre las sombras más altas,
¡Con sus nubes de algodón
De aceitunas y de miel!



¡LUNA!

La luna me está mirando
En las montañas azules
Con una estrella de plata
Y un lucero de escarcha...
Camina sola en silencio
Por el bosque de niebla viejo
Y por la fuente cristalina...
Se va bañando en el río
Se sonríe majestuosa
Tiene el corazón de un lirio
Y el alma de una rosa...
Va sonriente entre las flores
Por el prado veraniego



Los nardos y los claveles
La saludan cariñosos
Una azucena que pasa
Le acaricia los cabellos
Le da unos aretes nuevos
Y unos zarcillos de oro
Bordados de girasoles
Tejidos con ilusiones
Para iluminar sus días
Para enamorar sus noches
Cuando las mañanas frías
Oculten los tiernos soles...



LOS RECUERDOS OLVIDADOS

Por las calles de mi tierra
Entre risas y alegrías
Una estrella se pasea
De la mano de un lucero
Llevan ilusiones nuevas
¡Vestidas de lentejuelas
Y suspiros de escarcha!



Por la plaza ya caminan
Los recuerdos de la infancia
Lucen sus vestidos nuevos
Que han hecho de caracolas
Y de las perlas del río
Cuando en sus blancas riberas
Se bañaban las lunas llenas
Y los soles veraniegos
Que conocieron los abuelos
¡Bordando sueños de plata
Tejiendo cielos dorados!
Entre sus tiernos granados...
Por el pueblo y por la casa
Iluminan las luciérnagas
Con sus luces de colores
Y sus alas transparentes
Van encendiendo las noches
Y alegrando los caminos
Rojos, amarillos y ocre
Cansados de tantas tardes
Que se murieron al aire
Cuando la lumbre era nueva
Y en la sala de la casa
La abuela comenzaba
A tejer los sueños rotos



Con su rosario en las manos
¡Y...en los ojos una lágrima!...



¡MIS AMIGOS LOS LIBROS
Soñé de niño escribir un libro
Y fui leyendo, no recuerdo cuantos
Leí novelas y también de versos
Leí de cuentos y soñé despierto...
Viví la historia en sus hojas sueltas
Busqué los clásicos y su dulce encanto
Me perdí con ellos y fuimos viajando
Por el mundo entero
Visité los mares inimaginados...
Seguí leyendo los autores nuevos
Y de todos ellos adquirí los clásicos
Viajé con Cervantes siendo “Don Quijote”
En tierras de Italia estuve con Dante
En las alemanas con “Fausto” de Goethe
Un día partí con “El Viejo y el Mar”
Para ver a Hemingway fumando sus habanos
Y darle, el último “Adiós a las armas”
Enterradas en playas de la Habana



Conocí Macondo al leer “Cien años”
Que escribiera Gabo en sus soledades...
Y siempre leyendo, siempre viajando
Ay, soñando siempre escribí mi libro
De sencillos versos y llevé en el alma
Todos los recuerdos que soñé de niño
Con un libro abierto y viví en silencio
Como todos ellos...
Crucé los caminos nunca recorridos
Pasé las páginas de todos los libros
Aún de aquellos un día prohibidos
Y llegué al final de tantas historias
Que soñé de niño, llenas de suspiros,
De nostalgias y también de ausencias...
Fuimos volando por soñados mundos
Como mariposas, como palomas verdes
En mil atardeceres que sonrisas dibujan
Cuando el sol los besa llenos de colores...
Han sido mis amigos, compañeros siempre
Y estarán conmigo hasta que la muerte
Con su traje negro los llene de lágrimas
O los cubra el tiempo de mil telarañas
Con su polvo blanco lleno de saudades...
¡Cuando un día!...en alas del viento
Surcando el cielo...tranquilo me vaya...



Pablo Ricardo Silva Guadarrama

publicacionesensitioweb@gmail.com

En casa del moro

A Débora Pedraza Morales

Los arreboles fueron, para el nene,
poemas de crueles razas
—instantes extraños
que arropan pueblos dejados
por angustias, dolores y armas—,
al son de los cuatro montes
que corren a su cara
y le dan visiones antiguas
en el reflejo escarlata
del piélago extrañamente propio
caído en este nuevo pavimento grana.

Ricardo, dales lo que quieren.

Ricardo, no quieren nada.

Un costal lleno de crines,

guiños y risas;

otro lleno de palmas.



¿Con qué soñó la cimitarra?

Con mi voz,
con mi envainada espada.

Esto dijo el noticiario:

«Cuatro bolsas negras de plástico
con restos humanos
en la zona industrial de Celaya»





Nathalie Marian Acosta Reyes

nathalie.acosta@alumnos.udg.mx

MÉXICO

Soneto al dolor

Nathalie Marian Acosta Reyes

Si no es dolor, ¿qué es esto que siento?
Que, si no es dolor, triste será mi camino
Andanza incierta sobre el peligro
Me espera el infinito desierto.

Si no se llama dolor, ¿qué es este peso?
Que ahoga en la profundidad eterna
Láncenme una cuerda en sosiego
Porque me está jalando una piedra.

Y si cedo al dolor, recen por mi alma
Ya estará perdida lejos de casa
Guíenme a la bendita luz morada.

Vístanme de los mejores manteles blancos
Y que me reciban en lo desconocido
Arderé donde nadie puede verme.



Érika Selene Pérez Vázquez

selene.perez@uacm.edu.mx

MÉXICO

Movimientos del agua

Ya nada sueña -el agua-,
punto ciego del centro.

Variaciones del mundo,
como sí -un regreso a la infancia-.

Aliteración del tiempo
en el ritmo singular del poema.





Jun Sun Oh!

(Carlos Sevilla)

carlos.gonzalez0959@alumnos.udg.mx

MÉXICO

Héctor

Héctor, bájate de la cama. HÉCTOR, HÉCTOR, deja de brincar.

Héctor, ya no llores, debes ir a la escuela.

Héctor, no, habla más fuerte.

Héctor, juega fútbol.

Héctor, mira el culo de esa chica. Héctor.

Héctor demuestra que eres un hombre.

Héctor. ¿Por qué no tomas alcohol?

Héctor, te pedí que termines los deberes.

Héctor no seas delicado.

Héctor, ayúdame a subir los bloques.

Héctor, deja de mirar a otros cabrones.

Héctor, estás muy flaco,

come más,

aprieta la voz,

suena como lo que eres,

UN HOMBRE.

Héctor, no seas maricón.



Héctor, defraudaste a la familia.
Héctor, vete de mi casa.
Héctor, no te quiero ver.
Héctor, eso es pecado.
Héctor, visita a un médico.
Héctor, estás enfermo de la cabeza.
Héctor. ¿Quieres irte al infierno?
Héctor, No, NO ERES MI HIJO.
Héctor, Dios castiga.
¿Héctor, me estás escuchando?
¿Por qué cierras la puerta?
Vuelve aquí Héctor.
¿Héctor?
¿Héctor, dónde está Héctor?
¿Se quitó la vida?
Héctor...
Héctor...
Te estoy hablando Héctor.
No me dejes aquí sólo.
Héctor, hijo.
ME EQUIVOQUÉ.



Recuerdo que...

Cuando tenía quince
escribí un poema
en una hoja de rayas azules
y lo titulé «Miedo».
Mamá me felicitó y se lo leyó a mi padre,
pero él no dijo nada.
Se dio la media vuelta
y se esfumó entre
las sábanas de girasoles.
Mamá guardo mi escrito en su gaveta,
se empapo de telarañas y nunca más
vio la luz.

Cuando tenía diecisiete,
escribí otro poema
en una hoja color tormenta y
lo titulé «Nada».
La maestra de literatura
me dijo que le gustó,
yo no le creí;
decidí no mostrarlo.
Papá atravesó las sábanas de rosas
y mamá guardó en su gaveta



un puñado de expedientes médicos.

Cuando tenía diecinueve,
escribí un poema sin ganas,
sin título,
en una hoja rota y
con manchas de café.
Pensé en leérselo a mamá,
pensé en en las flores que
iba a atravesar papá,
en qué mentira diría mi profesora
y en los labios rotos de mi pecho,
pero no creí volver a casa.

Escuché las paredes
resonar contra los muros
de mi cráneo,
pensé en los días
que se estrellaban
contra los recuerdos dulces y
lo único que encontré fue polvo.
Las luces,
el fuego,
los rayos,
todo se apagó.



Se apagó el verano,
la primavera,
marzo.
Se apagó la luna
perfumada de obsesión,
el suelo de la habitación,
las estrellas rotas,
se
apagó
mi
vida
azul.



Cruel destino

Y hoy me dice que se marcha,
que no soy mapache,
ni una ninfa,
ni el dios del viento.
Que soy agua
y nadie ha venido
a salvarme.



Almas muertas

Marzo: la cabra miró al otro extremo,
Acuario atravesó el cristal de viento
e iluminó los ojos de la cabra.

Agosto: subieron a un barco de vapor,
cayó sobre ellos una lluvia de recuerdos mudos,
cayeron a un precipicio sin fondo,
con la lengua rota y los brazos cubiertos de polvo.

Septiembre: Acuario cubrió los ojos de la cabra
en un bosque oscuro, rasgó los hilos del tiempo
sobre la tela de sus almas e intercambió sus labios
por garras y huesos.

Enero: la cabra levitó al cielo para comer nubes,
Acuario arrancó sus alas, le gritó tinta negra y
derramó sobre sus dedos crisantemos.

Febrero: todo se sintió vacío en mí interior

Marzo: Acuario abandonó a Capricornio,
no miró atrás, le dijo:

«No es el fin del mundo».

Y se marchó bajo una cortina de estrellas,



como si nunca existió la cabra,
nunca lo buscó.



Ilusión óptica

Yo no tuve la sombra de tus labios,
ni los rayos tibios de tu voz.

Yo tuve
pesadillas grises,
tenis rotos,
palabras agrietadas,
quemaduras en la piel,
electricidad vacía.

Al final

me
 enamoré
de
 un
fantasma
y
 no sé
cómo encontrarlo.



Vacío intermitente

Ya no hay «buenos días»,
ni fuerzas vitales para
comer mis propios ojos.
Hay un corazón marchito,
brujas en mi cabeza,
demonios mordiendo
las células de mi huesos
y la solicitud para convertirme
en la nueva Lilith.



Adán y Evo II

El pacto lo firmamos felices,
príncipe con príncipe,
con los cuerpos infestados de calor
y sudor a media noche.

Once lunas después,
el melodrama
se apodera de mis sentidos;
la tensión sube y baja como marea a
mitad de la alcoba crujiente,



late a voluntad de los malos entendidos
y los dioses en cólera.
La respiración de los muertos huye;
éramos una ilusión
y no era capaz de observar.
Nunca se trató de Adán y Evo,
sino de Evo nada más.



Apegos

Para Bastian,
en donde sea que esté perdido.
Y si lo ven,
díganle que estoy roto.
¿Quieres saber un secreto?
Soy una bruja que consume
las almas de los signos de aire
y la juventud de las flores tiernas.
Soy las garras de un árbol sin sombra
y los aullidos de un licántropo
en descomposición.
No siempre fue así,
alguna vez fui una diosa
nacida bajo la bendición



Capricornio.

Y me enamoré de

Ganimedes,

la constelación

de

Acuario.

[Los complicados,

los indecisos,

los iracundos.

Al fin y al cabo los libres].

¿Y quieres saber otro secreto?

Aún aparece en mis sueños,

aún siento los colores y

el sol correr por las venas

de mis pensamientos.

No soy capaz de derramar las gotas de la despedida,

arden como fuego en mí interior,

arden como ácido y lloró a la inversa,

son espinas estancadas en la alcoba de mis latidos.

Me quedo callada e intento no pensar

en tus ojos de avellana,

en tus cabellos alborotados,

en tu piel cálida,



en tus palabras empapadas de magia,
en tu voz llena de leche y miel.

Se que no vas a volver,
que vas a navegar entre los cielos
y yo me voy a quedar en la tierra.
Voy a bailar en una habitación vacía
y los ojos de los búhos dirán que estoy loco,
que estoy bailando con mi sombra.

Pero yo voy a imaginar que nuestras pieles están fusionadas,
que nos deslizado entre los cristales fríos,
los pasillos crujientes de ecos
y las sábanas de los «buenos días».
Que nos estrellamos contra un muro de labios y lenguas tibias;
y seguiré imaginando hasta que dejé de doler,
seguiré danzando hasta que sea capaz de asimilar
que ya no estás.

Te veo en todas partes,
entre la espuma de los vientos fríos,
en los rastros desérticos,
bajo la sombra de los manzanos.

Te veo con la sonrisa blanca,
en medio de una multitud;
te veo rondar un laberinto
en la madrugada,



bajo mi cama,
bajo los recuerdos y
las promesas de reencarnación,
las promesas de Guadalajara a
Hermosillo.
Te veo en todas partes,
pero ya no estás en mis pesadillas.
No hay duchas, ni esperas,
no hay siestas, ni reportes del día.
En lugar de ello,
hay un vacío en mi interior
y
no
sé
cómo
quitarlo.



Lista de deseos:

- Meditar en un bosque en llamas.
- Besar a un diablo.
- Hacer un pacto con un ángel.
- Atravesar el portal de las hadas.
- Dormir sobre una nube.



- Danzar sobre las estrellas.
- Hacer que él regresé.
- Hacer que los activos tengan responsabilidad afectiva y piensen con el corazón.



Cinco bebida para conocerme:

- Chocolate caliente para curar los males.
- Frappé de Oreo para los días grises.
- Té de manzanilla para aliviar el alma.
- Café para encender mi ansiedad.
- Agua natural para fluir. (UwU).



Lectura de tarot

Si eres capricornio,
piscis o leo,
esto es para ti.

Hay un hombre menor que tú,
terco como una cerradura,
inmaduro como un árbol hueco.



No deja de pensar en ti,
te hizo daño, se hizo daño
tratando de arrancar de su pecho
la conexión entre ustedes.

Puede que sea acuario, libra o géminis.
Y más allá de su signo, la vida quiere
volver a unirlos, él te pertenece por
decreto de Los Arcanos.

Like para parte dos.





Alejandra Q. Pérez

palejandra366@gmail.com

MÉXICO

Todo me recuerda a nadie I

Decir que vivo en la rutina, sería una mentira a medias.

La espera que debo hacer para abordar el camión que me lleva a casa, a las 3 de la tarde, siempre es diferente.

Hay veces en que el silencio domina; ese silencio que produce el motor de los automóviles y que logra borrar todo sonido humano.

Otras veces no tengo tanta suerte; el tráfico provoca que la circulación metálica se detenga, y entonces sí que puedo escuchar las voces de las personas a mi alrededor, más ensordecedoras que el rugir artificial.

Por algunos instantes, observo el caminar apresurado de una chica de pelo castaño, casi tan claro como el de *ella*. Pero las hebras se pierden entre la multitud y *ella* parece alejarse también, casi como si fuera el presagio desalentador de que nunca podré besar sus labios.

En otro momento, mis oídos captan una conversación a gritos entre un hombre y su celular. Aquella voz se parece a la de *él*, rasposa y fría. Cierro mi mente ante cualquier recuerdo, negándome a recordar ese



cumpleaños donde *él* me obsequió una muñeca de trapo, con vestido azul y trencitas adornadas con flores amarillas, que acabaría por perder dos años después.

El olor a gorditas de nata se mezcla con el humo negro que exhala el 'Chapala'. Entre la disociación de mi mente —sólo atenta a los números de los camiones que comienzan a llegar—, se cuela una imagen de cuando al salir de clases, en lugar de esperar en una parada asfixiante, esperaba a que la gordita terminara de cocinarse mientras decidía qué relleno quería agregarle esa tarde.

Un claxon insistente está a punto de transportarme a otro momento que me niego a narrar, y por fortuna, mi camión ya llegó.



Todo me recuerda a nadie II

Decir que vivo en la rutina, sería una mentira a medias.

La espera que debo hacer para abordar el camión que me lleva a casa, a las 3 de la tarde, siempre es diferente.

Hay veces en que el silencio domina; ese silencio que produce el motor de los automóviles y que logra borrar todo sonido humano.

Otras veces no tengo tanta suerte; el tráfico provoca que la circulación metálica se detenga, y entonces sí que puedo escuchar las voces de las personas a mi alrededor, más ensordecedoras que el rugir artificial.

Por algunos instantes, observo el caminar apresurado de una chica de pelo castaño, casi tan claro como el de *ella*. Pero las hebras se pierden entre la multitud y *ella* parece alejarse también, casi como si fuera el presagio desalentador de que nunca podré besar sus labios.



En otro momento, mis oídos captan una conversación a gritos entre un hombre y su celular. Aquella voz se parece a la de *él*, rasposa y fría. Cierro mi mente ante cualquier recuerdo, negándome a recordar ese cumpleaños donde *él* me obsequió una muñeca de trapo, con vestido azul y trencitas adornadas con flores amarillas, que acabaría por perder dos años después.

El olor a gorditas de nata se mezcla con el humo negro que exhala el 'Chapala'. Entre la disociación de mi mente —sólo atenta a los números de los camiones que comienzan a llegar—, se cuela una imagen de cuando al salir de clases, en lugar de esperar en una parada asfixiante, esperaba a que la gordita terminara de cocinarse mientras decidía qué relleno quería agregarle esa tarde.

Un claxon insistente está a punto de transportarme a otro momento que me niego a narrar, y por fortuna, mi camión ya llegó.





Marilyn Rivera Ayala

MRiveraAyala@bmcc.cuny.edu

ESTADOS UNIDOS

Giro de llave

Quise escribir
pero me contrarió la pluma
Entonces jugué
Subí a escena
Disonante
Desgreñada
Descompuesta
Puse comas
Las quité
Me paseé por las ranuras del Bryant Park
y múltiples elevadores
En el vaivén intestinal de la ciudad
engolé la voz
sin importar la concurrencia
Releí maestros
Miré de reajo
Me asome al abismo
“Ama rápido me dijo el sol”



Entonces afloró la piel
El roce
El calor
La sal
Y el cantazo de la ola
Mis uñas curiosean el vacío

Me incorporo
Me desvisto
Siento
Ya no escribo.



Creación literaria

Narrativa

Horacio el de los ojos grandes.

Jorge Armando Ibarra Ricalde

forcedei@hotmail.com

MÉXICO

Carlos Castillo era un hombre de lentes grandes y aspiraciones pequeñas. Para una persona de hombros caídos, ceño resignado y estética simple, pasar desapercibido era en muchos sentidos el único triunfo de su vida; uno que apreciaba tanto que ni siquiera se atrevía a pensar en su enorme capacidad para ser ignorado como una victoria, por llano miedo de que Dios, el Diablo o el Destino –o lo que quiera que aceche tras ellos– pudieran arrebatárselo como todo lo demás en su aburrida vida.

De niño mostró cualidades para el estudio, mismas que voluntariamente perdió cuando se dio cuenta que estas atraían el rechazo o el escarmiento de sus compañeros. Así que igual que él, su promedio fue mediocre, manteniéndolo ligeramente sobre el mínimo necesario de aceptación. Debido a su particular complejión; piernas cortas, brazos débiles y prematura calvicie, nunca despertó el sentimiento de atracción necesario para terminar en el altar. Tan grave era la desafortunada mezcla de su interior con su exterior, que ni siquiera el cruce del traicionero vodka y el confiable tequila le podía generar el necesario valor para atreverse a soñar una vida diferente. Una vez pagó por amor, pero hasta en ese momento se sintió demasiado pequeño para disfrutar lo contratado, tanto que le dio unos billetes extras a su proveedora con tal de que fingiera alguna especie de entusiasmo mientras él escapaba sigilosamente del hotel. Pobre Carlos Castillo.

Pero no puede llover para siempre, así que a pesar de lo mediocre de su trayectoria, aunque nadie en esa generación lo recuerde, existe una foto en la que entre rostros sonrientes de sus compañeros de



profesión, parte de su cara quedó plasmada para la posteridad, aun si dicha parte haya quedado cubierta por sus pesados lentes. Habrá quien dude que esa mancha decolorada y fantasmal justo entre la hermosa Cintia y el dotado Oscar, sea nuestro Carlos Castillo, mas ahí, en el centro del salón rentado que llama consultorio, junto a una copia de aquella foto enmarcada, se encuentra una cédula que solemnemente declara que Carlos Castillo es un psiquiatra profesional.

Aunque nunca llegará a ser de esos psiquiatras que escriben libros, memorias o son llamados para dar conferencias u opinión en radio o televisión, Carlos Castillo siempre se había conformado con un pequeño grupo de sofisticados pero esencialmente escuetos clientes, pues ninguno calificaba como paciente. Aún si secretamente al principio de su práctica anheló que alguno de sus huéspedes de diván fuera un Edipo, sociópata o asesino serial, con el tiempo comenzó apreciar a los múltiples asiduos que había tenido, que dicho sea de paso, pese a la variedad de sus trasfondos, siempre en sus notas se llamaban igual; el señor No Puedo Dormir, de apellido Tengo Deudas Por Pagar, la señora Soy Bipolar, viuda de la Felicidad y el matrimonio Nos Odiamos y Engañamos, queremos Continuar. Sus clientes eran sencillos, no había reto al tratarlos. Todos ellos sufrían cuestiones tan obvias que incluso él podía solucionar; para Pedro, Adolfo y Martin, un liviano regaño, para Trinidad y Rosario un placebo empaquetado y para los matrimonios Ricalde, Jiménez e Ibarra, toneladas de paciencia y una ligera sugerencia; sepárense. De tanto en tanto llegaba algún paciente como Jorge o Antonio cuya incapacidad de enfrentar su realidad ameritaba chocho de calidad. Pero al final, hacer prescripciones para atender un esbozo de ansiedad, o los principios de una depresión, perfilaban para ser el pináculo de su vulgar carrera. Estaba claro que su práctica jamás llegaría a destacar, pero para Carlos Castillo, mientras le alcanzara para pagar la renta y comprar la despensa del mes, su esfuerzo merecía el más alto honor que con su acerbo él mismo se pudiera otorgar; un esfuerzo adecuado para una recompensa inmerecida pero necesaria. Porque en la mente de Carlos Castillo solo habían dos tipos de personas en el mundo, los ganadores; altos, de genio e intelecto adornado con un envidiable aspecto, y los hombres pequeños, feos, de capacidades



limitadas, sin ningún atisbo de virtud o habilidad, estepa de la cual Carlos Castillo era un claro ejemplo, aunque incluso así, ni siquiera el mejor; solo uno más.

Empero, un día en el que esperaba con paciencia a que la carnada en forma volante atrajera nuevos peces de la comunidad, su atención fue captada por un hombre de movimientos nerviosos que merodeaba desde la acera contraria. Lo hubiera ignorado por completo, de no ser por el aire de paranoia que aquel exudaba al mirar sobre su hombro y el inconsciente jugueteo que realizaban sus manos. Era sin duda un hombre fascinante, cabello rubio coronado por canas, un ceño nervioso pero suficientemente fuerte, mirada penetrante, de porte alto y presencia, tales características solo podían ser las del proverbial ganador. Toda la situación despertó en Carlos Castillo el desconocido sentimiento de la ambición; lo miró por largo rato hasta que dejó de ver al nervioso hombre para atreverse a fantasear a un mundo donde aquel ganador, alto, robusto y apuesto era tan pequeño como él, donde la mente de aquel triunfador estaba tan destrozada que entraba al consultorio y se hacía dependiente del pequeño e inmundo Carlos Castillo, un mundo digno de poetas, un mundo que sin duda ameritaba una fuga a la imaginación. Sus ojos estaban clavados en la nada cuando creyó escuchar un susurro, al regresar en sí, pudo ver a aquel hombre de sus divagaciones parado frente a él, viéndolo con ojos verdes y penetrantes, vanagloriándose de su increíble presencia. Carlos Castillo se sabía tan pequeño frente a un hombre tan grande, que además de temer ser aplastado por aquel, se sintió desmayar. Se sentía tan desesperado que hubiera dado lo poco que tenía por poder huir de ese impactante personaje, a punto de gritar, divisó uno de sus malhechos panfletos en las manos de su galante miedo. Cuando finalmente se recuperó de su sopor, supo que su interlocutor venía buscando al terapeuta del anuncio, así que, hechas las debidas presentaciones, Carlos Castillo le invitó a pasar. Durante todo este tiempo, cualquiera que hubiera visto a los dos hombres entrando a la parte interna del consultorio, hubiera imaginado que se trataba de alguna especie de competencia por demostrar cuál de los dos estaba más alterado. Tan poca cosa se sentía Carlos Castillo que incluso en semejante competencia se consideraba a sí mismo un perdedor.



Xavier tenía una voz fuerte, del tipo asociado al don de mando, por lo que no era raro que usara adecuadamente la palabra y hablará sin rodeos. Así, actuando como colega más que como paciente, Xavier le narró la situación: Era un arquitecto. Tenía su propia constructora dedicada al mantenimiento y construcción de viviendas. Gozaba de buena posición social y soltura económica, sin embargo, en su gusto por entender las condiciones y necesidades de los clientes a los que iban dirigidos sus desarrollos, se había mudado a uno de dichos departamentos, viviendo entre familias de clase media baja. Xavier continuaba describiendo los hechos de su vida; poseía carros, cuentas y propiedades, por lo que en Carlos Castillo la duda disminuía mientras los celos aumentaban. Justo antes de que la envidia se tornara en odio, Xavier pronunció unas palabras que le causaron enfermizo alivio: “Antes de que mi esposa me abandonara hace un año y un par de meses, ella, Horacio y yo vivíamos juntos sin mayores problemas, salvo alguna discusión ocasional por gastos absurdos o algún malentendido. Actualmente mi vida permanece igual... sin mi esposa por supuesto, y sin embargo, me parece detestable”. Cuando Xavier hizo una larga pausa, Carlos Castillo se dio cuenta que se trataba de alguna prueba, era obvio incluso para él, que un tipo de las posibilidades del arquitecto había consultado otras opciones; psicólogos famosos, psiquiatras de renombre, incluso por sus conexiones era posible incluir algún *coach* de vida, por lo que, si Carlos Castillo quería contarle entre sus clientes u obtener su primer paciente, tendría que aportar alguna respuesta ingeniosa o una teoría interesante. ¿Qué podía ofrecer la débil mente del atemorizado terapeuta ante tal situación y bajo la escudriñadora mirada de Xavier? Carlos Castillo se resignó a perder al paciente de sus sueños, pero aprovechando la –ahora larguísima– pausa, en un ataque repentino de pánico, acostumbrado a ver las cosas desde el profundo hoyo que llamaba autoestima, Carlos Castillo se limitó a preguntar, con la mirada gacha y el tono vencido: “¿y cómo tomó Horacio la partida de su mujer?”

El silencio se mantuvo por mucho tiempo, una eternidad desde la perspectiva de los empañados lentes de Carlos Castillo, cuando sin aviso y muy cerca de provocar un infarto a nuestro cobarde “experto”, una satisfecha sonrisa se dibujó en la faz de Xavier, a la que le añadió un comentario que fue como agua para un sediento: “Increíble doctor Castillo, he pasado el último año de consultorio en consultorio,



contando esta misma historia, escuchando de diferentes tonos de voz, la misma respuesta, sobre que la causa de mis problemas es la partida de mi esposa, pero usted le ha dado al clavo, desde que lo vi tuve el presentimiento de que usted sería el indicado”. La nueva pausa se volvió otro problema pues Carlos Castillo no sabía cuál había sido su acierto, pero afortunadamente en su nerviosismo le dio el tiempo a Xavier de agregar la piedra *rosetta* del problema; “así es doctor, me temo que Horacio quedó muy afectado por el abandono de mi esposa, y tal y como sugirió, el problema es —trago saliva— él... digo, —vaciló— nosotros, la relación no va bien”.

Ante su afortunado triunfo, Carlos Castillo se creció tanto, que por un momento parecía —según sus propios estándares— un psiquiatra de verdad, por lo que aprovechando la victoria tomó su libreta que por lo general servía para distraerse mientras las mismas historias se le repetían, y aprovechó para hacer anotaciones por primera vez en mucho tiempo. El caso —para su inconmensurable alegría— se tornaba complicado, al parecer la relación entre Xavier y Horacio era verdaderamente hostil, pues durante sus narraciones quedó claro que Horacio no se dignaba a dirigirle la palabra, ignorándolo en su presencia, sin darle ninguna cuenta de su día. Y aunque Xavier tenía el carácter necesario para negociar importantes contratos sin mostrarse nervioso o arriesgar cantidades colosales de dinero sin pestañear, de alguna manera, Xavier simplemente no se atrevía a enfrentar a Horacio. Así que, en aras de entender mejor la situación, el psiquiatra le pidió que le hablara más de Horacio.

A esta solicitud le siguieron una serie de reveladoras pausas largas, voz quebrada, incontrolable sudoración y movimientos nerviosos repentinos e inevitables, pero entre aquellos padecimientos del paciente, el tiempo se tornó fútil, así que eventualmente llegó el momento en que la sesión tuvo que llegar a su fin. Irónicamente, el psiquiatra casi enloquece mientras esperaba que Xavier le pidiera otra cita, cuando lo hizo, se tomó un tiempo para disfrutar el primer logro de su vida, dándose importancia para revisar su agenda como si estuviera llena, hasta que, al fin, navegando entre sus garabatos producto del hastío, encontró un espacio en la semana próxima y despidió a su nuevo paciente, negándose a recibir al siguiente cliente, para hacer anotaciones sobre el excelente caso que se develaba frente a él. Durante toda



la semana, en sus muchos ratos libres resultado de carecer de vida social o mientras fingía interés en la plática de sus usuarios regulares, su mente solo se dedicó a ordenar hechos y sacar conclusiones sobre lo dicho durante la sesión de Xavier.

El caso resultaba increíble, sin duda el tipo que amerita que se discuta entre muchos terapeutas o se vierta como tema principal de un libro con un título rimbombante, algo como “la caída de los titanes”, y no sería exagerar, pues se trataba de un hombre apuesto, fino, adinerado, culto e inteligente que en pleno disfrute de su soltería, conoce a una hermosa pero interesada mujer, por lo que ella aprovecha hábilmente sus ensayados encantos y lo envuelve para que un tórrido romance se transforme en una propuesta de matrimonio. Pero pese las manipulaciones de aquella mujer, Xavier jamás se engañó, sabía que el interés era la motivación de su futura mujer, así que, aunque profundamente enamorado, tomó astutas precauciones en forma de acuerdos prenupciales y previsiones sobre el régimen de matrimonio. Para cuando ella descubrió que sus planes de divorcio y ganancia desmedida habían sido nulificados de raíz, estaba aceptando el juramento de amor eterno frente al altar. La luna de miel duró suficiente tiempo para descartar algún tipo de disfunción sexual, sin embargo, la insatisfacción de no haber consumado su estafa, se evidenció conforme el tiempo de volver a la normalidad del matrimonio se acercó. De acuerdo a Xavier, en el último avión que se tomó, con cada kilómetro que se acercaban a su destino, la ira de ella crecía exponencialmente, su disgusto llegó al grado que en cuanto pusieron un pie fuera del jet, comenzó la primera de muchas peleas a lo largo del día. Gracias al carácter y resignación del arquitecto ni ese ni ninguno de los desplantes que le seguirían, le evitaría disfrutar de su matrimonio, así que tras una noche de reproches, Xavier en compañía de su esposa pasó el primero de sus días de vida conyugal. Al día siguiente, tan frustrada estaba ella, que la mujer de dos caras no esperó para dejar caer su venganza, según Xavier, su esposa con el pretexto de ir a recoger el resto de sus cosas a su antiguo departamento, tras muchas horas de ausencia, por la noche regresó con un par de maletas y con Horacio en brazos. Aunque ahí había terminado la sesión, quedaba claro que sin importar cuánto pudiera Xavier soportar, la entrada de Horacio en su vida había comenzado con un engaño, y los años solo empeorarían la situación.



Carlos Castillo siempre esperaba con ansia su siguiente sesión, su vida se había convertido en un ciclo de consultas, recibiendo con ahogado júbilo al señor Xavier, escuchando con mucha atención cada palabra de su cada vez más afectado paciente, despidiéndolo con tristeza y esperando ansiosamente la siguiente consulta. Era inexplicablemente fascinante, cada dato era más impresionante que el anterior. Eventos cuya historia se ordena más o menos así: la llegada de Horacio supuso un reto para Xavier, ya que, si él utilizaba el hecho de que ella le había escondido su existencia y comenzaba una pelea por él, ella tendría todo el derecho de dejarlo indignada, lo que para el orgullo del ganador; no era una opción. Pero el tiempo pasó, y según las palabras exactas del paciente; Horacio se ganó su afecto desde el principio, en aquellos años era tierno, agradable y dependiente, fue fácil quererlo aún con las marcadas diferencias entre ellos, así que con el tiempo los dotes atléticos de Horacio, su fina inteligencia y sus gráciles modales le ganaron un aprecio duradero.

Con los años corriendo, la relación de cariño entre Xavier y Horacio creció, aumentando el ácido descontento de su esposa. Un día sin aviso previo, mientras el arquitecto se encontraba en el trabajo, ella se marchó de la casa, pero Horacio no quiso acompañarla, escondiéndose en la casa del vecino, todo para evitar que fuera alejado de su padre adoptivo a quien le había tomado enfermizo cariño. A su regreso, Xavier encontró en su pérdida un gran consuelo, porque Horacio tiene una personalidad tan avasallante y encantadora que incluso desde temprana edad provocaba en los que se le acercaban, un sentido de necesidad. Tanto, que, pasadas apenas unas horas después de su partida, su madre regresó diciendo que solo había salido de compras, y disculpándose por dejar a Horacio con los vecinos, continuó como si nada hubiera pasado. La familia volvió a ser feliz por un tiempo, pero ya que nada es para siempre, un día la naturaleza vagabunda y aventurera de la madre-esposa simplemente no pudo más y se fue sin mirar atrás. Esta vez no regresó y el daño para Xavier después de dieciséis años de matrimonio, no fue ni la mitad de grave de lo que fue en Horacio. Las salidas se acabaron, la convivencia se volvió un recuerdo. Al principio solo hubo un silente resentimiento y un disimulado enojo, lo que es de esperarse ante esta situación; desobediencia, desconsideración, lo propio para alguien con dieciocho primaveras. Intempestivamente, la



situación empeoró, volviéndose profundamente desconsiderado, saliendo por la noche sin regresar a dormir y extremadamente hostil en los pocos momentos que coincidían en casa. Finalmente en los últimos meses se volvió indiferente, y ahora en estos últimos días, el arquitecto sospechaba que también se había vuelto peligroso. Este era el verdadero problema; Xavier, un hombre grande, apuesto, triunfador e inteligente le tenía miedo a alguien más insignificante y pequeño que él, ya que según lo había descrito, Horacio, aunque de ojos grandes no era muy corpulento, pero su mirada profunda contrastaba perfectamente con su personalidad oscura.

Carlos Castillo pensó que el miedo de Xavier a Horacio era irracional. No había nacido del desconsuelo por perder a la esposa sino como resultado de sus propias inseguridades, pero lentamente comenzó a salir a la luz una serie de detalles inquietantes relacionados a Horacio. Además de que Xavier cada sesión se mostraba más nervioso, en principio paranoico pero decididamente aterrado, siempre que se refería a Horacio no podía disociar el miedo que le provocaba con el cariño proteccionista de un padre, siempre que hablaba de algo malo que Horacio había hecho lo narraba con voz baja, mirando por encima de su hombro como si lo hubiera seguido, pero apenas terminaba de plantear la situación, rápidamente buscaba justificarlo con algún comentario que suavizara los hechos, como; “al menos eso sospecho” o “no tengo pruebas”. El círculo vicioso era evidente. Incluso en alguna ocasión, con la finalidad de limar asperezas, Xavier decidió regalarle una elegante esclava de oro, con grandes letras de oro blanco que le dijeran a todos los que la vieran el nombre de su portador; Horacio; el nombre de un ganador. Estas tendencias no serían tan importantes si no fuera por la gravedad de los hechos que quería demeritar. Al principio Horacio había sido solo descortés, desaseado, incluso infantil pues alguna vez Xavier sospechó que Horacio le escupía a sus alimentos y en otro momento de forma enferma defecó sobre sus ropas limpias. Cuando Xavier estuvo dispuesto a enfrentarlo por estas perturbadoras conductas, presencié la indiferencia con la que Horacio hizo tropezar a la señora Inés en las escaleras, sin siquiera dignarse a pedir ayuda. Al final, el daño no pasó a más y creyéndolo un accidente la gente lo olvidó, pero, aunque no hubo



evidencia incriminatoria para descartar un genuino accidente, Xavier supo desde ese momento la verdad; en Horacio había maldad.

Para Carlos Castillo el caso se volvió una obsesión, tan lleno de detalles que era imposible entender las causas de la rebeldía, un cuadro único y enfermizo que evidenciaba la descompuesta relación padre-hijo de una adopción; la fuerza primitiva de la juventud, contra el cansado desasosiego que produce el éxito. Es decir, Xavier estaba tan acostumbrado a ganar que no sabía cómo reaccionar a una situación tan sencilla, donde otra persona hubiera usado castigos físicos o simplemente lo hubiera denunciado a la policía, Xavier solo podía temer, y eso era lo más delicioso. Horacio era de esos personajes pequeños e indefensos como Carlos Castillo, pero había encontrado la forma de someter a la gente grande y triunfadora como Xavier. Desde entonces, Horacio se convirtió en su héroe secreto. Carlos Castillo hacía un gran esfuerzo en disimular el placer que le causaban los cuentos de horror de Xavier, tanto que en alguna ocasión que el arquitecto llegó tarde a la sesión de terapia, como disculpa argumentó que Horacio estaba en su camioneta, sin encenderla, pero sentado en el asiento del conductor, enojado, con sus grandes ojos tan clavados en él, que no tuvo otra opción que venir a pie. Carlos Castillo no pudo más que callar el enorme placer que le causaba, saber que se puede vencer a un hombre grande y poderoso con solo mirarlo a los ojos. Aquella revelación hizo que Carlos Castillo pasara horas frente al espejo, intentando abrir sus ojos de tal manera que él también inspirara terror. Después de una de aquellas sesiones de práctica, Carlos Castillo comenzó a redactar las evidencias con las que sometería al Consejo Médico Psiquiátrico este singular caso clínico del que clamaría autoría; el complejo Xavier Magno, que era el nombre que le había asignado al miedo patológico que se apropia de los triunfadores respecto de los perdedores, la enfermedad localizada entre el complejo de superioridad y el de inferioridad; el complejo de mediocridad.

Desafortunadamente en los días que le tomó organizar sus observaciones, mientras reunía todos los elementos para someter su nuevo descubrimiento ante la junta médica, una que no se volvería a burlar de él y misma que ya había convocado aduciendo tener una gran ponencia: Xavier dejó de asistir a terapia. Carlos Castillo trató de contactarlo por todos los medios, pero no logró dar con él. No pudiendo lidiar con



un nuevo fracaso en su vida, contrató a un investigador privado para dar con su paradero. Con datos tan precisos al respecto, no le fue difícil al detective determinar su localización, así que, aunque no encontró nada sobre Horacio, finalmente pudo localizar al arquitecto Xavier Reynoso, famoso maestro y próspero constructor. Por lo que, tan pronto reportó su descubrimiento, Carlos Castillo fue a conocer a salvador.

Llegó a una colonia popular. Una donde se encontraba un multifamiliar de los que Xavier construía y habitaba. Estaba tocando en el zaguán cuando en las cercanías divisó al arquitecto en muy mal estado. Sin compadecerse, completamente absorto por la necesidad de recabar los datos finales para su libro, así como un par de fotos de Xavier y Horacio, este se acercó al constructor que desgarrado y desorientado tardó un momento en reconocer a su antiguo psiquiatra. El proyectista lo llevó a su casa solo tras asegurarse de que Horacio no se encontraba. Así que Carlos Castillo convenció a Xavier de que le permitiera esperar por él, lo que le tomó algún tiempo pues Xavier temía que Horacio se fuera a enojar, pero entre ruegos y argumentos, confiando en su terapeuta, finalmente accedió. El tiempo transcurrió lento, mientras en la sala del quinto piso de un pequeño departamento de dos recamaras, una cocina y una estancia, un arquitecto mentalmente dañado esperaba aterrado frente a un psiquiatra de nombre Carlos Castillo que apenas podía mantener la emoción de ver a un triunfador como Xavier Reynoso aplastado en su peor momento, dicha que culminaría cuando desahogara la ansia de conocer al azote del éxito, el gran Horacio de los ojos grandes, a quien le rogaría que le enseñará a mirar así, para someter a los hombres grandes y malos que estaban afuera en su vida. Los hombres grandes y malos que habían convertido a Carlos Castillo en un hombre pequeño y enfermo.

Los minutos corrieron. La atmósfera era pura tensión, una parte por el miedo, la otra por la emoción. Ambos estaban tan sumergidos en sus pensamientos que ninguno prendió la luz, por lo que la única iluminación que entraba provenía de la puerta externa entreabierta. Las horas pasaron hasta que la puerta comenzó a moverse. Carlos Castillo se levantó ensayando por última vez su introducción, secándose las sudorosas manos en el saco decolorado, mientras Xavier subía sus piernas sobre el sillón completamente aterrado. Al mismo tiempo que Carlos Castillo comenzaba su presentación, Xavier



comenzó a disculparse entre exclamaciones y gimoteos; “no te enojas Horacio, no es mi intención molestarte, pero el doctor insistió tanto, deberías escucharlo, a mí me ayudó mucho...te... nos puede ayudar”, Carlos Castillo casi dejó de respirar al ver la enorme sombra que Horacio proyectaba desde el umbral cuando Xavier se privó en las palabras que repetía una y otra vez. Por primera vez Carlos Castillo se aventuró a pensar en el porvenir, imaginó el cambio radical que su vida tomaría, el futuro prometedor que desde ahora era suyo. Entonces, por el creciente umbral entró un gato con su paso lento pero seguro, sacudiendo su pelaje negro con movimientos gráciles que obligaban a buscar sus hipnóticos llamativos ojos grandes.

Carlos Castillo tardó en reaccionar hasta que en el cuello del gato vio brillar una elegante esclava dorada que con refulgentes letras en oro blanco parecían gritar lo escrito; “Horacio”. Horacio el de los ojos grandes maulló, y aterrado Xavier se tiró al suelo suplicando piedad, cuando Carlos Castillo entendió el error que había cometido, tembló mientras escuchaba las futuras carcajadas que le esperarían el resto de su vida. La burla. La lástima. El saberse menos que sí mismo. Por primera y última vez en su vida Carlos Castillo tomó una decisión; corrió hacia la ventana y se lanzó.

Desde abajo, policías y reporteros trataron de reconstruir los hechos, algunos eran ciertos, otros quedarían en el misterio. La foto que capturó la atención y primera plana al día siguiente, sugería a un psicólogo –nadie se molestó en corregir– lanzado desde la ventana por un paciente inestable al que se le encontró acurrucado balbuceando tonterías sobre un gato. Nada más que decir, salvo que para aquellos que miraron la foto con mucha atención, una imagen destacaba entre sutilezas de las demás; un gato negro sentado sin desenfado, posando discretamente, quizá incluso exhibiendo una malintencionada sonrisa que permanecía escondida tras su mirada profunda que lucía un enorme par de ojos grandes, venciendo a quien se atreviera a mirar.





M. Pastrana

(Avance de novela)

Karla Hernández Jiménez

karlahernandezjimenez@outlook.com

MÉXICO

I

Aquel día era la inauguración de la nueva exposición en el museo de los horrores del señor Lund. Vanya estaba sumamente ansioso ya que le habían dicho que había muchos objetos maravillosos que difícilmente podría volver a ver. Durante varias semanas, insistió para que lo llevaran al momento inaugural.

Después de estar formados durante más de media hora, Vanya y su familia lograron entrar a la nueva sección del museo, la cual estaba dedicada a exhibir grandes rarezas de la humanidad.

Entre los especímenes exhibidos había muchísimos pigmeos que habían sido encontrados cerca de Costa de Marfil, cabezas reducidas traídas desde Sumatra y muchos ejemplares que se conservaban tranquilamente en botellas repletas de formaldehído.

Vanya estaba encantado con todo aquello que la exposición le había mostrado, pero lo mejor estaba al final del corredor.



Justo antes de llegar a la entrada, estaba la última adquisición del museo de los horrores. Hacía apenas una semana, un empresario americano había insistido en vender aquella pieza y los encargados no pudieron negarse al ver aquel espécimen.

Bastaba con verlo para saber que tenía un inmenso potencial para encandilar al público y hacerlo regresar durante varios días únicamente para observar de cerca aquella rareza.

Ahí, posicionados junto a los huesos del hombre más alto del mundo, estaban los restos embalsamados de Julia Pastrana, la mujer mono, y de su hijo recién nacido.

Gracias al proceso al que había sido sometido su cuerpo, aun podían observarse los rasgos simiescos que la habían hecho famosa desde el día su gran debut, llevado a cabo en el esplendoroso Gothic Hall de Nueva York durante el otoño de 1854 para regocijo de la multitud que había concurrido el teatro para verla.

Era indudable, el abundante vello negro que crecía en todo su cuerpo, así como el rostro de prominentes facciones enmarcadas por una espesa barba, una boca de dimensiones considerables y su ancha nariz hacían que fuera fácil reconocerla.

Era la famosa mujer simio, el eslabón perdido que había cautivado al público de ambos lados del océano con su apariencia sobrecogedora, capaz de captar la atención del espectador más insensible en cuestión de segundos.

Allí a donde ella pasara, siempre atraía miradas hacia su persona.

Aquellos eran los mismos rasgos que habían asombrado al público de los grandes circos y teatros de América y Europa durante las grandes giras en las que había participado; los mismo



rasgos que, en su momento, habían impactado a la gente de Sinaloa, como si tuviera un aura cautivante debajo de aquel aspecto perturbador.

Eran exactamente los mismos rasgos que habían horrorizado a su madre desde el primer momento en que nació en medio del desierto de Sonora.

II

Su *tata* le había dicho en muchas ocasiones que jamás debía separarse de su tribu para intentar recorrer por su cuenta las montañas. ¡Era una cuestión muy peligrosa!

Desde que era pequeña, le había hablado de la existencia de temibles hombres bestia que estarían dispuestos a devorarla si decidiera internarse en la espesura del monte.

Estos hombres bestia habían vagado en aquella tierra desde mucho antes de la llegada del hombre blanco. Eran poseedores de una fuerza más allá del entendimiento de los humanos, por lo que se habían convertido irremediabilmente en los guardianes de la montaña, los encargados de preservar esos terrenos sagrados de la mirada avariciosa de los hombres, solamente los incautos se atreverían a aventurarse por esos rumbos prohibidos en la más absoluta soledad.

Entre la tribu se hablaba de sacrificios que se habían hecho para obtener el favor de los protectores.

De vez en cuando, se enviaban doncellas vírgenes que sirvieran para aplacar la ira de estos hombres. Aunque la mayoría de ellas eran encontradas despedazadas o devoradas, algunas



lograban volver con sus familiares. Aparentemente regresaban a salvo, aunque al poco tiempo sus vientres hinchados daban signos de un embarazo.

Era común que estas mujeres fallecieran durante el parto entre la gran pérdida de sangre y la extenuación que llegaban a experimentar.

Nadie sabía lo que pasaba con los recién nacidos, unos afirmaban que eran sacrificados al nacer para evitar que se convirtieran en terribles bestias que pudieran destruir a toda la tribu, otros murmuraban que estos niños extraños, que habían sido capaces de desgarrar el vientre de sus propias madres para poder vivir, eran entregados a sus padres biológicos para que se convirtieran en los próximos guardianes de las montañas.

Cualquiera que fuera la verdadera razón, era innegable que cada cinco años se entregaba por lo menos una joven que sirviera a los hombres bestia, acompañado de una muerte repentina en la aldea que simplemente se quedaba como una nueva mancha de sangre en el paño que la comadrona utilizaba para asistir a las parturientas.

Su tata siempre le había advertido que no debía internarse en el monte sin la compañía de la tribu ya que no quería que acabara como muchas otras.

Espinosa simplemente no lo escuchó con suficiente atención, y ahora estaba perdida en aquel terreno hostil por su terca decisión de querer encontrar aquella raíz tan peculiar.

Ella no creía del todo en los hombres bestia, pero creía que era probable que pudiera terminar siendo devorada por alguna clase de depredador.



Se asustaba con mucha facilidad ante cada pequeño ruido que escuchaba a su alrededor, pensando que detrás de cada arbusto había un par de ojos amarillos dispuestos a abalanzarse sobre ella sin dejar un solo rastro.

No podía evitar sobresaltarse, era demasiado para ella.

Cuando se despertó y vio su vientre hinchado, supo que la gente de su pueblo no le recibiría tan fácilmente. Estaba embarazada.

Espinosa no sabía qué hacer, llevaba varios días con aquellas insoportables contracciones que no la dejaban en paz y que la habían orillado a tener que separarse de su tribu en aquel momento. Ahora era muy tarde para intentar llegar a un hospital para blancos, pronto comenzaría a llover en el valle y debía apresurarse a conseguir un refugio en el cual pasar la noche.

Estaba convencida de que terminaría dando a luz a su bebé en la sierra, tal como sus ancestros habían hecho desde el principio de los tiempos.

Apenas alcanzó a llegar a una oscura cueva rodeada de unos arbustos secos que a duras penas le brindaban cobijo a la mujer en aquella noche lluviosa.

Justo cuando un relámpago iluminó el interior de la cueva con su potente luz cegadora, Espinosa experimentó una nueva contracción que le quitó el aliento ante todo el dolor que le provocó, haciéndola gritar de una forma tan espantosa que cualquiera podría pensar que moriría de un momento a otro.

Justo cuando la lluvia cesó y los relámpagos dejaron de asomarse en el cielo, Espinosa había conseguido dar a luz a su bebé.



Levantó el cuerpecito de la criatura muy ilusionada, pero cuando notó que su bebé tenía una gran cantidad de vello cubriendo su cuerpo, Espinosa simplemente soltó un grito ahogado.

“¿Por qué la habrá pasado esto?, ¿qué va a ser de mi criatura?”, pensó la mujer con aquel cuerpecito removiéndose entre sus brazos.

Luego de observar cuidadosamente debajo del vello, se dio cuenta que había dado a luz a una niña.

–Se llamará Julia, que Dios tenga piedad de ella.

Un par de años después, cuando los habitantes de la tribu la vieron llegar con aquella niña que parecía estar llena de pelo, inmediatamente se dieron cuenta de que ella había estado con uno de los otros, de los guardianes del monte. Muchos la compadecieron por el destino que le había tocado, otros sencillamente sintieron asco de relacionarse con una mujer marcada por los designios de la divinidad, tampoco miraron con buenos ojos a su hija por ser el fruto de aquel acercamiento entre el mundo de los dioses y los mortales, tal como delataba su apariencia salvaje.

Aunque Espinosa afirmaba que aquella niña no era suya, era evidente que la actitud cariñosa de la pequeña, la cual nunca se despegaba de su lado sin importar las circunstancias, no dejaba lugar a dudas de su relación.





Éxodo.

Eduardo Omar Honey Escandón

eohoneye@gmail.com

MÉXICO

—Mamá, ¿dónde quedó la casa? —pregunta la niña luego de librarse del cinturón de seguridad. Flota por encima del asiento y, para no volar de más, tomó uno de los agarres junto a la ventanilla.

—¿Ves esa larga y ancha tira de tierra en el lago? —señala la mujer en el asiento contiguo.

—¿Lago? ¡Es el Golfo de México! —responde ufana la infante y sonríe—. Yo sí aprendí en la escuela. Se ve igualito que en el mapa que la maestra pegó en la pared.

—¡Muy bien! Imagina que la tira se alarga para tocar a la península. ¿Cómo se llama?

—¡Península de Yucatán! —contesta de inmediato la pequeña.

—Eso merece un premio —la mujer le acaricia la cabeza—. Casi en medio de la península, donde el mar y la tierra forman una recta, está la casa —continuó la madre.

—Y, ¿dónde viviremos ahora? ¿Dónde estará la nueva casa? —inquire la niña con preocupación.

—Mira más arriba, flota contra la Luna. ¿Ves todas esas lucecitas? Cada una es una estación espacial. Allí estará nuestro nuevo hogar, pronto llegaremos.

—¡Ah! ¿Y el cráter que cuando se murieron los dinosaurios? No lo encuentro.

—No se ve porque fue hace mucho tiempo... —contesta angustiada la madre mientras contempla al enorme meteorito que se acerca velozmente a la Tierra.





Nomen Nescio.

Rodrigo Castro Moral

castro.rodrigocarlos@gmail.com

ESTADOS UNIDOS

*"Please get me out of here
Just someone get me out of here
Just help me, I'll do anything, anything
If you'll just help, get me out of here."
Genesis*

No sé qué hora es. No tengo reloj y si aún conservo la noción del tiempo es gracias al sonido sincronizado, reverberante, de una gotera que rebalsa dos sartenes ubicados en el suelo. No sé si es de día o de noche. Aquí la luz natural no tiene por donde entrar. La única ventana está bloqueada con planchas de madera prensada y el foco sin pantalla que cuelga del cielo raso resplandece con una intensidad eneguedora. Hace frío, un frío atroz que cala hasta los huesos. No hay ventilación y el aire estancado, insalubre, huele a sudor seco, a humo de cigarrillos, a café recalentado. De vez en cuando se oyen pasos marciales ahogados por el chillido estridente de bisagras mal aceitadas.

No sé qué hago aquí. No sé por qué me trajeron. O para qué. Se lo pregunté a uno de los oficiales, al que parecía ser el mayor de los tres jóvenes que me detuvieron. Era un muchacho alto, desgarrado, con una cicatriz en forma de luna en la frente. Se lo pregunté de manera atolondrada cuando entró a empujones en mi casa y me ordenó que los siguiera. "¿Para adonde me llevan?" consulté confundido. "Cállate el hocico si no quieres que te lo parta", me respondió de un grito, enseñándome unos dientes



pequeños, afilados y amarillos. Obedecí. Clavé los ojos en el suelo y me dejé conducir sumisamente por las escaleras hasta la furgoneta que estaba estacionada en la entrada del edificio.

Cuando salimos a la calle alcancé a mirar por un segundo a mi alrededor. Las calles estaban vacías, desoladas, y la humedad espumosa estampaba las luces de los semáforos en el pavimento cuarteado. “Métete pa’dentro”, me ordenó el mismo oficial, rematando la orden con un empujón que me hizo rodar por el piso del vehículo. La puerta de la furgoneta se cerró a mis espaldas y segundos después nos pusimos en marcha. Permanecí largo rato de rodillas, en cuatro patas, sin moverme. Y es que no sabía cómo actuar. No entendía aun lo qué estaba pasando así es que me quedé ahí, inmóvil, en una posición indigna, hasta que un bache en el camino me lanzó sobre unos bultos acurrucados contra las paredes del vehículo. Oí un gruñido y sentí un empujón. Una ráfaga de aire pestilente me calcinó las narices y me retorció el estómago. Estiré las manos buscando a tientas algo de lo que apoyarme. “Muévete hacia la esquina, a tu derecha,” me susurró una voz femenina. Agradecí. Me acomodé en la banca de metal que corría desde la puerta trasera hasta la cabina y cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad, miré detenidamente, sin ninguna discreción, al resto de los detenidos. Éramos cuatro en total. Tres hombres y una mujer. Frente a mí estaba la mujer. Era una muchacha joven, imagino que de unos veinte o veinticinco años. Era pelirroja y tenía el rostro cubierto de pecas. Vestía un chaleco de lana con motivos precolombinos, pantalones de mezclilla y mocasines artesanales. Lo primero que se me vino a la cabeza fue el arquetipo del intelectual zurdo de los años setenta. Tengo entendido que hoy les dicen hípsters. A su lado había un hombre maduro, de baja estatura y ostensible sobrepeso. Estaba vestido de traje y sudaba de tal manera que la transpiración le empapaba los sobacos de la chaqueta. Tenía pinta de funcionario estatal, pensé en ese momento. O de banquero. Sus ojos desorbitados, vidriosos, buscaban insistentemente nuestras miradas. Las buscaba pestañeando de manera irregular, descompasada, como si con los ojos tratase de componer un mensaje en clave. Y el otro ocupante, el que estaba a mi lado, despatarrado como marioneta contra la ventanilla enrejada de la cabina, era un viejo andrajoso, hediondo, en evidente estado de ebriedad. Despabilado por el portazo, el beodo no encontró nada mejor que largarse a silbar. Con un dominio



sorprendente, comenzó a silbar una melodía clásica bien famosa. La silbaba con fuerza, elevando los índices como si fuera director de orquesta. De vez en cuando detenía la silbatina y golpeaba la reja de la ventanilla para pedir cigarrillos. Al principio los pedía en tono de súplica, casi lloriqueando. Pero ante la indiferencia de los guardias comenzó a desesperarse y a pedirlos a grito limpio, con improperios y amenazas incluidas. “Ya verán cuando se entere fulanito de tal,” gritaba babeando. “De mí se van a acordar milicos de mierda, espérense cuando le cuente a menganito amigo mio,” amenazaba golpeando la reja. Luego resoplaba, clareaba la garganta y retomaba la melodía en el punto exacto donde la había dejado. Así estuvo durante todo el trayecto, silbando melodías, gimiendo súplicas, ladrando amenazas. Una y otra vez. Dele que dele. Hasta que después de media hora soportando la misma letanía el furgón se detuvo. Entonces el borracho se calló. Se sentó bien recto y fijó la vista en la mujer. De afuera se oyeron pasos duros, de bototos. Se abrió la puerta trasera del furgón y la silueta incandescente de un guardia apareció recortada contra la bruma. Era muy joven el gendarme, un chiquillo que no pudo haber tenido más de dieciocho años. Era delgado. De facciones delicadas. En una de sus manos sostenía un cigarrillo encendido. “Ya Lizama,” dijo en un tono llamativamente amigable. “Ven pa’cá afuera pa’que nos fumemos un puchito.” El borracho nos miró a cada uno con una mueca de angustia, buscando en nuestros ojos muestras de solidaridad. Pero como ninguno le devolvió la mirada, torció la boca en una mueca de desdén. Lanzó un escupitajo al suelo y antes de salir del vehículo, nos dijo con la voz rasposa: “Prepárense compañeros que los van a reventar.” Luego se cerró la puerta y a los cinco minutos, la furgoneta reanudó la marcha.

El borracho jamás volvió.

Desde el otro lado de la puerta se oyen voces amenazantes distorsionadas por el eco de pasillos. Se abre una reja y una huincha de luz aceitosa, espesa, dibuja una línea amarillenta en la rendija ubicada en el borde inferior de mi puerta. Me acerco con cautela y apoyo la oreja en la superficie; una superficie dispareja, maltrecha, llena de rajaduras. Imagino que podría echarla abajo de un simple empujón, pero la



sola idea me eriza la piel. Retrocedo hasta el centro del cuarto. Permanezco inmóvil por un rato y cuando me canso de estar de pie, miro a mi alrededor buscando un lugar donde sentarme. En una esquina hay una mesa coja con tres sillas destartaladas. Bajo la ventana hay un librero de madera a medio podrir y a mi costado, justo debajo del foco incandescente, hay un escritorio de metal oxidado. Elijo la silla menos enclenque y la arrastro hasta el borde del escritorio. Tomo asiento y de manera meticulosa, obsesiva, repaso mi comportamiento tratando de entender el motivo por el cual me detuvieron. Pero no hay caso. No tengo la menor idea por qué estoy aquí. Y es que yo nunca me he metido en líos. Jamás cuestioné el sistema ni me rebelé contra la autoridad. Nunca participé en protestas o hice públicas mis posturas ideológicas. Es más, ¿qué posturas ideológicas si jamás en mi vida he sufragado? Nunca me interesó. Tampoco tengo un trabajo que pudiese dar pie a sospechas. Soy contador en el hotel Narragonia Inn. ¿Qué cuestionamientos va a levantar una posición tan pedestre? ¡Ninguna! ¿Entonces qué? ¿Mis amigos? ¿Mi familia? No puede ser. Mis amigos son gente respetable, obediente, temerosa de Dios. Y de mi familia ni hablar. Tampoco pueden acusarme de faltas a la moral, porque mis pocas transgresiones, insípidas todas, han ocurrido dentro de una intimidad familiar. Seré culpable de una que otra malversación de fondos conyugales, de alguna infidelidad efímera por ahí. Pero ya está. No hay más. Lo juro por mis hijas que son lo que más quiero en este mundo. Yo, que se entienda bien, soy un tipo pacífico. Un hombre de familia. Un ciudadano ejemplar...

Suenan balazos afuera, en la calle, a una distancia que imagino no está muy lejos de aquí. Salto de mi silla y sin proponérmelo emito un chillido agudo, estridente, como de ratón acorralado. Y es que esto es espantoso. Es sórdido y truculento. Es absurdo. Yo no pertenezco a este mundo. Yo no he hecho nada para que me traigan aquí y no merezco que me saquen a patadas de mi casa sin siquiera darme una explicación. Esto tiene que ser una equivocación. ¿Qué otra explicación puede haber? Esto debe ser un yerro burocrático. Una confusión de identidades... ¡Eso! ¡Eso debe ser! Suena ridículo, lo sé, pero mi nombre, a fin de cuentas, es un nombre ordinario hasta la impertinencia. Debe haber cientos de Juan Rodríguez



repartidos por el país, miles quizá, y vaya uno a saber cuántos de esos Juan Rodríguez son antisociales, ladrones, asesinos o hasta terroristas...

La cerradura de mi puerta cruje como una hostia. Las bisagras producen un ruido de huesos viejos y la puerta enclenque se tambalea en el marco. Sin saber por qué, escondo las manos empuñadas en la espalda. Retrocedo un paso y de manera accidental doy vuelta uno de los sartenes ubicados en el suelo. Recién entonces caigo en cuenta que estoy descalzo.

Cinco hombres entran marchando a la habitación. El que viene a la cabeza, liderando la marcha, es el único que no está uniformado. Es un tipo de mediana edad, más bien delgado y de estatura baja. Tiene la frente amplia, facciones angulosas y una nariz aguileña muy fina. Su pelo crespo, muy corto, muestra sutiles brochazos blancos. Un bigote frondoso, recortado meticulosamente en forma de triángulo, le cubre por completo el labio superior.

Los cuatro soldados que lo siguen, todos hombres, parecen salidos de un mismo molde. todos comparten la misma contextura enclenque y desgarbada, los mismos rostros demacrados, la misma mirada inexpresiva y casi vacía. Trato de calcular sus edades, pero me resulta imposible; bien podrían tener dieciocho años como cuarenta y cinco. Al entrar, tres de los cuatro soldados se posicionan a mis espaldas, a solo pasos de distancia. El último en hacer ingreso a la habitación cierra la puerta y se cuadra a un costado del umbral.

El hombre de civil deposita un archivo rebotante de papeles sobre el escritorio. Arrastra una de las sillas hacia el buró. Se sienta frente a mí y me invita a tomar asiento con un gesto de la mano derecha, una mano torcida hacia adentro en un ángulo pronunciado, contranatural, como si en algún momento se hubiese roto la muñeca. Luego saca un paquete de cigarrillos y me ofrece uno.

- Son importados -me explica-, *Lucky Strike* sin filtro, ¿quiere uno?
- No, no fumo.

El hombre se encoge de hombros. Enciende el cigarrillo y después de inhalar una generosa bocanada de humo, abre la carpeta y elige un documento.



- Vamos viendo -dice en tono casual-. Su nombre es Juan Rodríguez, ¿correcto?
 - Sí señor.
 - 43 años. Casado. Su esposa se llama Isabel Ortiz. Dos hijas. La mayor se llama Ana Rodríguez y la menor se llama Isabel Rodríguez, ¿correcto?
 - Sí señor.
 - Su domicilio es Monjitas 3065, apartamento 7a. Ahí vive con su mujer y la menor de sus hijas. Según la documentación se desempeña como contador en el Narragonia Inn, ubicado en la calle...
 - Disculpe, señor -lo interrumpo-, ¿me permite un segundo?...
- El hombre se lleva un dedo a los labios para indicarme que debo guardar silencio. Luego chupa el cigarrillo. Abre un sobre manila y comienza a extraer una baraja de fotos que ubica frente a mí como si fuesen cartas de tarot. Me indica una de las fotos y al mirar el dedo que posa sobre la lámina, descubro con aversión que tiene las uñas esmaltadas.
- Este querubín de aquí -me explica-, el de pelo tieso, se llama Ramiro Lavín pero le dicen El Astro. Este otro, el petiso con pinta de bailarín tropical, se llama Felipe Campos. Los detuve hace tres días y ahora los tengo aquí, en este mismo edificio, cantando como gorriones allá arriba. A esta mocosa de aquí con cara de mojegata también la agarré. Usted la conoce como Verónica Ballesteros, pero su verdadero nombre es Elisa Gutiérrez. Bien chúcaro nos salió la princesita. Insolente. Altanera. Una verdadera nena de mamá. Hubo que domesticarla un poco pero ya está colaborando...
 - Yo a esa muchacha no la conozco, señor.
 - Esta de acá -continúa ignorando mi comentario-, la flacucenta con el peinado gótico, se llama Pilar Aguirre, y el baboso que tiene al lado se llama Jaime Valdez, como el futbolista. Pero es alcance de nombre no más...
 - Si pudiéramos hablar de mi situación...
 - ¡A estos cabrones los tengo identificados! -grita dando un golpe en la superficie del escritorio-. Se donde viven. Se donde están. Se donde comen y con quien se acuestan. Los tengo aquí, ¿ve?, en la palma



de mi mano. Cuando quiera los agarro. Y a estos otros tres pelotudos de acá también. Los tengo en remojo, ¿me entiende? Pero a este pelafustán de aquí, mírelo bien, a este gordo de mierda con cara de pendejo, a este no lo he podido encontrar.

Examino la foto que me indica, una foto de márgenes gastados y colores desteñidos que muestra a cuatro individuos, tres que aparecen en otra de las fotos y el hombre al cual hace mención: un tipo alto, obeso, con el pelo cortado a los tijeretazos y unos lentes tan gruesos que parecen antifaz.

- No sé quién es - digo-. Tampoco sé quiénes son los otros. No los conozco.
- ¿No los conoce?
- No.
- ¿A ninguno?
- No señor.
- ¿Está seguro?
- Sí, claro que estoy seguro. No los conozco.

El hombre se echa hacia atrás. Me mira fijo y sus ojos pequeños, de un color que gravita entre el verde y el gris, resplandecen con una intensidad siniestra. Se pasa la mano torcida por el pelo y luego se observa los dedos como si los tuviese manchados con un humor incierto.

- Déjese de tonterías ¿quiere? No me haga enojar.
- Es que yo no sé nada, señor -respondo atolondrado-. No tengo idea por qué me trajeron a este lugar. Nadie me ha dicho nada...
- O sea que usted apareció aquí por obra y gracia del espíritu santo -dice elevando las manos al cielo.
- No, señor. Claro que no.
- ¿Entonces?... A ver, explíqueme por favor porque no entiendo.
- Mire, lo que pasa aquí es que a mí me trajeron por error.
- ¿Por error?
- Sí.



- ¡Ah, mire usted! ¿Y por error de quién?
- Bueno, yo me imagino que puede haber sido un error de parte suya... Es decir, no de usted personalmente sino de algún subalterno... No sé, qué sé yo. Yo desconozco sus procesos, pero me imagino que estas cosas pasan de vez en cuando, ¿no?

Mi interlocutor se lleva el cigarrillo a la boca y entrelaza los dedos sobre el vientre. Mira a los soldados con dejos de complicidad, esbozando una sonrisa que ventila una dentadura maltrecha, incompleta, de dientes manchados de nicotina y encías recogidas hasta la raíz.

- ¿Sabe que, mi amigo? Me hizo acordar de un chiste. ¿Le gustan los chistes?
- ¿Perdón?
- A mí sí. Me ayudan a hacer más soportable este mierdero.
- No entiendo, señor. Lo que yo estoy tratando...
- Tranquilo, hombre. No se me altere. Déjeme que le cuente el chiste a ver si un poquito de humor nos ayuda a distender el ambiente, ¿le parece?
- Es que aquí hay un malentendido...
- Bueno, aquí va -continúa sin prestarme atención-. Resulta que había un concurso para elegir al mejor servicio de inteligencia del mundo. Los concursantes eran la CIA, el Mossad, y nuestra vilipendiada institución. El concurso era simple: Los organizadores habían soltado tres conejos por la ciudad y el primer equipo en encontrar uno de los conejos, ganaba el concurso. ¿Se entiende? Pues bien. El animador explica las bases del concurso y da inicio a la competencia activando un cronómetro gigante ubicado en el centro del escenario. Los agentes salen disparados del estudio y a medida que pasan los minutos, la tensión aumenta. Cinco minutos pasan en el más tenso de los silencios. Diez minutos. Quince. Y a los veinte minutos aparecen los del Mossad en el estudio cargando una maleta. El agente principal, un tipo grande, musculoso, con cara de actor de cine, abre la maleta y saca uno de los conejos. ¡TA-RA-RA-RAN- TARAN! suenan las fanfarrias. ¡Medalla de oro para los israelitas! ¡Campeones del mundo!...



- Discúlpeme, señor -interrumpo exasperado-, pero es que no entiendo adónde quiere llegar con esto.
- No me interrumpa, pues hombre, ¿no ve que me corta la inspiración?
- Es que...
- ¡Es que nada, mierda! -martilla con un puño sobre el escritorio-. ¿Me vas a dejar contar el chiste o no?

Se produce un silencio sepulcral, amenazante, y después de un lapso eterno, cuando la pausa se torna insoportable, asiento con un ligero movimiento de cabeza.

- Okay, ¿en qué íbamos? -pregunta rascándose la frente-. Oiga, Martínez, ¿en dónde nos quedamos?
- En los judíos campeones, mi coronel -responde el soldado aludido.
- Ah, cierto... Bueno, los del Mossad son los primeros en llegar con un conejo, pero como aún faltaban los demás concursantes, el animador pide que la audiencia vuelva a sus asientos. Luego resetea el cronómetro y se reanuda la cuenta. Pasan cinco minutos más. Pasan diez. Y a los quince minutos, cuando el público ya empezaba a impacientarse con la espera, aparecen los de la CIA en el estudio. Uno de los agentes, un rubio atlético, varonil, con traje negro y lentes oscuros, abre un bolso y saca uno de los conejos. ¡TA-RA-RA-RAN- TARAN! Las fanfarrias otra vez. ¡Medalla de plata para los gringos! ¡Himno nacional y desfile! Típico de los gringos, ¿verdad? En fin. Pero aún faltaban nuestros intrépidos abanderados así es que el animador pide calma y paciencia. El público vuelve a regañadientes a sus asientos. El cansancio ya es evidente. La molestia se palpa en el aire. Pero ni modo. El animador resetea el cronómetro y otra vez se reanuda la cuenta. Los minutos pasan y pasan, y nuestros paladines no aparecen por ningún lado. Diez, quince, veinte minutos. Y nada de nada. A la media hora se escuchan los primeros chillidos y a la hora ya la gente se empieza a ir. Y después de casi dos horas, cuando ya estaban cerrando el estudio, aparecen nuestros muchachos cargando una bolsa de basura. El agente principal, un petiso gordo y sin cogote, sudado de pie a cabeza, abre la bolsa y saca un cerdo. ¡Sí, un cerdo! Y el cerdo empieza a



gritar: “Basta, basta por favor, ¡no puedo más! Lo confieso. ¡Lo confieso! Soy un conejo. De verdad, ¡soy un conejo! ¡No más! ¡No más, por favor se los pido! ...”

El hombre estalla en carcajadas. Es el único en reírse y su risa ronca, áspera, se desinfla progresivamente hasta concluir en una tos rasposa. Cuando recupera el aire, se recuesta sobre el escritorio y eleva la mano torcida para excusarse por el exabrupto.

- Bueno, amigo. A ver, ahora que hay más confianza cuénteme, ¿cómo se llama el gordito?
- Ya le dije, no sé quién es. Nunca antes lo he visto.
- Deme un nombre, ¿quiere? No sea pendejo.
- Es que usted no me entiende -respondo indignado-. No sé quién es. No sé quiénes son estas personas. Yo no tengo nada que ver con esto. Yo estoy aquí por error...
- Y va a seguir con lo del error.
- Es que es verdad señor, tiene que creerme.
- ¿Creerle?... ¿Usted me vio cara de huevón?
- No, señor, yo no he dicho eso...
- Entonces déjese de payasadas y respóndame lo que le estoy preguntando.
- Mire, señor -replico ya sin paciencia-, habrá alguien con quien pueda hablar.
- Está hablando conmigo.
- ¿No habrá alguien más?
- ¿Alguien más?... ¿cómo quién?
- No sé..., alguien que pueda ayudarme a resolver este entuerto, alguien con autoridad...

No he terminado de pronunciar la palabra “autoridad” cuando me doy cuenta del error que acabo de cometer. La reacción es inmediata. Es instintiva y visceral, como si la palabra viniese acompañada de una descarga eléctrica o de un bofetón. Mi interlocutor endurece el cuerpo y luego se recoge hasta quedar acurrucado en la silla. Tuerce la boca con una mueca de menosprecio. Se pasa la lengua seca por el bigote y sus ojos de pez se encienden con un brillo sintético. “Au-to-ri-dad”, pronuncia en voz baja, alargando las



sílabas como si tuviesen sabores distintos. Luego se ríe con sorna. Chupa el cigarrillo y lo apaga en el borde del escritorio. “¿Así es que autoridad quiere el caballero?”, pregunta al aire mientras exhala una ráfaga de humo por la nariz. “Pues autoridad le vamos a dar”, susurra despacio, indiferente, haciendo un gesto teatral con la mano torcida para llamar la atención de los soldados.

El gendarme que está a mi derecha es el primero en dar un paso al frente.





Brujas Modernas:

“El espejo abrumado y algunas otras barrabasadas”.

Gabroiela Torres Hernández

gabriela.torres5201@alumnos.udg.mx

MÉXICO

Vivo desde hace muchos años en una casa pequeña, de paredes tapizadas por hiedras y techo cubierto de moho, una que está erguida al final de la cuadra. En general a nadie del vecindario le gusta pasar por ahí. Mi amigo Matías supone que los cantos de las flores en mi jardín podrían estarse percibiendo como silbidos escabrosos para cualquier oído no entrenado. Es más que nada pura cuestión de acostumbrarse, creo yo. Después de un tiempo, tanto los ruidos como las apariciones espeluznantes se vuelven parte de tu día a día, incluso a veces ya ni siquiera notas que están ahí.

Matías es un miedoso. Probablemente no debería juzgarlo tanto como lo hago. Sé que fue criado como cualquier persona causal y todo; sin ningún acercamiento a lo sobrenatural ni experiencia o conocimiento en nada relacionado a brujas, pero tengo la convicción de que aun así carece incluso de la más mínima pizca de sentido común. Me sigue sorprendiendo que jamás se haya dado cuenta de la naturaleza de su aura hasta que nos conocimos. Aun así, debo reconocerle su curiosidad impulsiva, y esa habilidad nata que tiene para empatizar con cualquier cosa que se mueva. Claro que, de todos modos, su amabilidad podría retratarse como la clásica arma de doble filo, y el demonio odioso que deja que se le cuelgue detrás es más que suficiente prueba, pero al menos Matías es fiel a sí mismo. A fin de cuentas, por eso nos hicimos amigos.



Ahora que lo pienso, también por él es que descubrimos lo que habitaba tras el espejo que mi madre trajo hace unos días. Después de la escuela nos dispusimos a planificar una sesión de estudio en mi casa para yo poder ayudarle con algunas cosas que se le dificultan, pero todo nuestro plan dio un giro completo cuando Matías se detuvo de pronto frente a aquel marco encristalado colgado en el recibidor. Lo observaba fijamente, con la boca un tanto entreabierta y un velo acallado de intranquilidad tras sus ojos. “Selma, ¿Soy yo, o este espejo tiene algo raro?” Murmuró. No lo comprendí hasta que lo analicé por mi misma.

Estaba empañado, o más bien, cochino y descuidado. El polvo arremolinado sobre su superficie dibujaba un grueso espiral de bruma nebulosa partiente del centro. Mi primer pensamiento fue decir que sólo estaba sucio, mamá lo había conseguido en un bazar de antigüedades usadas después de todo. Sin embargo, lo pensé dos veces cuando noté que el espiral polvoriento parecía moverse despacio si mirabas de cerca. La niebla de tierra se arrastró dispersándose hacia los bordes del espejo, y una silueta sombría se hizo presente. Matías dio un brinco cuando aquella cosa extraña abrió los ojos.

Resultó que se trataba de un espíritu sin descanso, una niña, para ser precisos. La pequeña estaba asustada y confundida, al parecer no recordaba muchas cosas. Decía que se llamaba Ana Lisa. Descubrimos también, por fragmentos de memorias que ella nos compartió, que había fallecido hacía varios años en alguna especie de asalto en su hogar durante la noche, de dónde originalmente provino aquel espejo con apariencia viejísima. Seguro su alma permanecía atrapada dentro por la manera tan repentina y cruel en la que había muerto. “Solo quiero dormir.” Nos musitó entre lágrimas. Matías me veía a mí, luego a Ana Lisa, después de nuevo a mí; parecía que compartían el mismo sentimiento apachurrado dentro del corazón. Casi con la mirada nos bastó para saber que estábamos pensando la misma cosa: *Hay que ayudarla.*

Ayer mientras investigaba en uno de los tomos de mi papá de “*La Guía Paranormal: Todo acerca de fantasmas, poltergeists, espíritus chocarreros y demás*” me topé con un hechizo que nos sería útil. Eso sí, necesitaríamos conseguir algunas cosas y seguir las instrucciones al pie de la letra. Primero tendríamos que



desligar cuidadosamente a Ana Lisa del objeto material que la mantenía presa dentro de este plano, para después poner en marcha un ritual para perpetuar su descanso. La lista de ingredientes era bastante extensa y específica; ahí fue cuando supe exactamente dónde encontrarlo todo. Hoy iremos a explorar el baldío terroso. Está a tan solo unas cuerdas de mi casa, así que llegaremos fácilmente a pie.

Cohesión, coherencia, claridad. Nada de esto es parte del vocabulario de Matías, no ha parado de balbucear puro dadaísmo desde que emprendimos camino bajando por la cuerda. Viene contándome no se qué cosa acerca de memes. Bien sabe que yo no estoy muy al día con eso, pero igual me entretiene el escucharlo. De vez en cuando me acerca su celular para enseñarme alguno de los tantos que se encuentra. Despuésito se carcajea y me termina contagiando la risa. Es todo un payaso, pero en su defensa, el hacer reír tan fácilmente es un talento que pocos tienen.

Acabamos de pasar por otra casa de brujas. Si te asomas bien se notan luces prendidas dentro. Una amiga de mi madre vive ahí con sus dos hijas. Matías se queda atrás un momento y expresa su asombro con un “¿Desde cuándo vive gente ahí?”.

“Desde siempre.” Replico volteándome hacia él. “La casa nomás parece abandonada por fuera. Conozco a la familia, es común que dejen que sus plantas crezcan hasta por las rejas. Supongo que eso la hace ver descuidada de lejos, pero si te fijas tienen todo el jardín súper bonito y abundante.”

Matías asiente, admira las flores un poco más, y reanuda el paso. De un tiempo a acá me parece que le intriga mucho el asunto de la botánica. Recuerdo hace algunas semanas cuando me pidió que le mostrara cómo cuidar correctamente de una suculenta que acababa de adoptar. Terminó matándola igual, pero fue reconfortante ver cómo le volvió el alma al cuerpo cuando lo ayudé a revivirla con algo de mi abono nigromante. Matías siempre dice que él tiene cerebro de pájaro y que debería dejarme las cosas complejas a mí, pero se subestima demasiado. Si bien es cierto que la mayoría de las veces se avienta a las cosas sin pensarlo tanto para después terminar llorando, creo que eso es un poquito más admirable que estar dándole mil y una vueltas a cualquier cosa todo el tiempo, como yo suelo hacerlo.



Es sencillo notar cuando estás acercándote a algún lugar que abunda en energía sobrenatural concentrada. Cualquier humano, brujo o no, probablemente lo notará haciendo uso de la famosa frase “*Aquí se siente la vibra pesada*”. No siempre es un signo de mal agüero, pero igual es posible que se te revuelvan las tripas por el desajuste presente en el ambiente de todos modos. Creo que Matías lo percibe también, puedo sentirlo caminando intranquilo detrás de mí. “Casi llegamos.” Le hago saber. “Si traes las cosas que te pedí, ¿cierto?”

Él me muestra su mochila mensajera repleta de pines por fuera, con una sonrisa amplia de autosuficiencia mas su ceja izquierda enchuecada en forma de curva. “Claro que las traje. Agua, sal, arcilla, un frasco de cristal y un dibujo de la figura esta del libro que me dijiste.” Saca esto último de uno de los bolsillos internos y me lo muestra un momento. Parece una fresa con patas, aunque se supone que debe de tratarse de un ánima. En fin, servirá. Le devuelvo la sonrisa con un pulgar en alto.

Aquí estamos ya, frente a la quebrada que da al supuesto baldío del vecindario, un terreno extenso repleto de flora salvaje que suelen considerar desperdiciado por no usarlo para la construcción. Para las brujas de la zona, un santuario que no debe ser perturbado con intenciones malandras. Diría que no está igual de embrujado que otros lugares que conozco, pero sí lo suficiente como para que a los residentes causales de por aquí les den ñañaras al cruzárselo de paso. Al igual que las casas de las brujas, también se suele creer que está abandonado a primera vista. De cierta forma tienen razón, en realidad nadie corpóreo habita esta zona, pero pues tampoco es como que no haya absolutamente nada consciente bajo la tierra o en el aire. Por algo uno siente escalofríos.

De reojo noto como Matías traga saliva de forma pesada, sujetando firmemente la correa de su mochila con ambas manos. “Así que... supongo que es aquí.” Me dice. Se le nota que está nervioso, pero anda tratando de hacerse el valiente. Yo asiento, indicándole con un movimiento de mano que me siga de cerca.

“Ten mucho cuidado, ve bien por dónde pisas.” Advierto mientras me abro paso caminando de lado, encajando las suelas de mis botas en la tierra de poco a poco para adquirir un freno provisional que



evite que me vaya de hocico. “Si ves alguna cosa sospechosa por ahí no vayas a pasarle encima. Tampoco se te ocurra tocarla o recogerla, que luego puede tratarse de algún trabajo y para qué quieres.”

Matías se toma su tiempo antes de dar cada paso, pero con que no se caiga es suficiente. “¿Cómo amarres y esas cosas?” Me pregunta. Le hago un gesto de más o menos con la mano.

“Algo así. La última vez que vine en grupo terminamos haciendo limpia completa porque se hizo todo un cochinerito malvibroso con tanto rito que hacen en octubre.” Relato. Parece ser que las copas de los árboles se van engrosando cada vez más conforme vamos descendiendo al baldío. “En su mayoría es gentuza que viene a dejar cosas con mañas de vudú o hechizos negros para desear el mal aprovechándose de que casi nadie se pasea por acá. Es una friega deshacerse de tanta porquería, además de tardado.”

Un sonido de rama quebrada seguido del trastabilleo de unos tenis medio tronados. Siempre me basta con escuchar uno de los característicos grititos de Matías para darme cuenta de que metió la pata. Pasa derrapando frente a mí a punto partirse la cabeza, pero lo alcanzo a agarrar del gorro de su sudadera y me inclino hacia atrás. Ambos nos damos de espaldas contra el suelo. Igual, es mejor que una descalabrada.

Una ligera nube de tierra se arremolina ante el impacto de ambos. Él y yo tosemos un poco. “Que vieras por dónde pisas te dije.” Lo reprendo al momento que me quito mis lentes para darles una limpiada rápida con la manga porque no veo ni madres. Luego me levanto y le ofrezco el antebrazo para que se apoye. Él se agarra de mí. “Encima solo a ti se te ocurre traerte esos zapatos cuchos a una excursión al cerro.”

Matías se alza conteniendo la risa para después barrerse el polvo de encima con las manos. “Pido perdón.” Dice, dibujando una mueca chistosita en su rostro. Le doy un codazo contra la costilla y nomás se ríe otra vez.

Terminamos de bajar la cuesta, lento pero seguro. Por poco y Matías se arrodilló a besar el suelo cuando por fin pisamos terreno plano. Creo que se tardó unos segundos en sentir encima la pesadez del ambiente, porque su sonrisa de alivio se borró en corto como si el viento se la hubiera llevado volando



entre murmullos. Casi no pasaba la luz, aunque era la mera hora del sol. Abro mi mochila y saco una linterna de baterías que tomé prestada del cajón de herramientas de mi papá. Antes de encenderla le instruyo a Matías que se quede cerca, y emprendemos la caminata una vez más.

Si bien es cierto que conozco el baldío terroso como la palma de mi mano, no puedo negar que se siente como un lugar completamente extraño cada vez que vengo. A veces incluso me asusta. Toda la culpa la tienen los seres de alma podrida que contaminan de energías malas, porque siempre que depuramos el lugar este emana una paz descomunal, como si los árboles y sus raíces nos dieran las gracias por drenar lo intoxicado. Incluso los cuervos se regresan a sus nidos graznando de alegría. Cuando el entorno está así de sobrecargado ni siquiera se acercan a las copas; solo las sobrevuelan, casi evitándolas. Me pregunto si el ratón en la mente de Matías también andará dándole vueltas a la rueda como el mío lo hace ahora.

Nos encontramos con las matas de lilas. Matías las reconoce antes que yo. Se apresura a querer tomar un puñado, pero logro detenerlo justo a tiempo. Creo que ha olvidado lo que le dije de pedir permiso a la planta madre antes de cualquier préstamo, de lo contrario los retoños perderán vitalidad y ya no nos servirán para nada. Me acerco al arbusto, susurrándole palabras amables. Acaricio sus brotes con delicadeza. Cuando percibo su asentimiento bajo las yemas de mis dedos le indico a Matías que puede tomar los pétalos necesarios. Guardamos aquello en el frasco de vidrio antes de continuar. Más adelante hacemos lo mismo con las azaleas y geranios. Todos se ven del mismo color bajo la penumbra, las alcanzo a distinguir únicamente por la forma de los pétalos. Tendremos que sacar tres guijarros verdes ahora. Por fortuna, vamos por buen camino.

La vereda que nos conduce por la arbolada siempre es maravillosa en primavera, teñida de blanco, con flores que crecen como abundancia sobre las ramas. Suelen adornarla incontables especímenes de setas a las orillas sin importar la estación o el tipo de clima. Es una peculiaridad etérea del lugar. Bajo circunstancias normales en esta época se trataría de un sendero de ensueño recubierto por la hojarasca anaranjada, rojiza y marrón; un cementerio de angustias sepultadas. Sin embargo, hoy cualquier rastro de



color se ha consumido lentamente cual cerillo chamuscado por el fuego más piadoso. Una flama, aunque no nazca con malicia, siempre terminará consumida por la culpa y tornándose cruel.

“Después de los guijarros sólo nos faltaría la sabia del abedul más viejo, pero como está al otro lado del riachuelo no nos tardaremos nada.” Me dirijo a Matías. “Si quieres puedes ir amoldando la arcilla, tiene que tener forma de corazón.”

Sin respuesta. Usualmente me suelta un “Oki doki” o algo de ese estilo. Me volteo para mirarlo un segundo, sólo un segundo. Su vista permanece congelada hacia abajo. Ni siquiera alcanzo a preguntar cuando lo noto, tiene una alimaña críptica sujeta al pie. Una de las ánimas del libro, de las que se alimentan de la esencia vital de otros seres.

Me llevo un dedo a los labios indicándole silencio antes de murmurar. “*Saca la sal.*”

Él me observa, desorientado entre el miedo. “*¿L-la qué?*” Musita de vuelta trastabillando.

“*La sal.*” Repito un poco más fuerte, sin apartar mi tono de los susurros para no alterar al ente y evitar que se ponga violento. “*Matías, la sal. S-A-L.*”

Me parece que lo ha comprendido. Él rebusca dentro de su mochila, y cuando lo veo sacar un contenedor de sal de supermercado “La Fina” casi puedo visualizar mis manos sobre su cuello al ahorcarlo. “*Sal marina, de grano. De esa no.*”

“*¿Qué no toda la sal es igual?*” Me pregunta. Yo cierro los ojos con fuerza, reprimiendo un coraje creciente en mis sienes. En cuanto nos libremos de esa cosa voy a jalarlo de las orejas. No hay tiempo para discutir y explicar la diferencia. Sal pura o no, ojalá funcione para quitarle aquello de encima.

Le instruyo con gestos de pantomima que abra el bote y agarre un puñado, que dibuje un círculo que los rodee completos. Él lo hace. En cuanto la línea se cierra el ánima queda aturdida, abriendo su boca pestilente de dientes amarillentos. Matías ahoga un grito. Mi palma sujeta el cuarzo que tengo atado al cuello y proclamo en voz sólida una orden: “*Suelta y deja ir. Vuelve a donde perteneces.*”

Ha funcionado, el ánima huye despavorida chillando como un animal herido. El rostro de Matías recobra su color original, parece que las piernas le enflaquecieron porque se tambalea hasta donde yo



estoy. Cuando me da las gracias le meto un buen zape. “¿En qué estabas pensando al traer sal procesada? Tenemos suerte de que haya sido suficiente para repeler algo de ese tamaño. Si hubiera sido un poco más grande igual y ni funcionaba.”

Él se encoje de hombros. Cuando me le cruzo de brazos él vuelve a hacerme una de sus caritas humorísticas. “No especificaste, ¿Cómo iba yo a saberlo?” Saca la arcilla de su mochila para comenzar a darle forma. “¿Un corazón dijiste? Por suerte siempre le supe a la plastilina en el kínder, la tendré lista en un segundo.”

“Pudiste salir mal de eso, ¿Si sabías?” Espeto. Siento que las manos todavía me sudan de los nervios. “Supuse que entenderías a lo que me refería cuando te lo pedí, no pensé que fuera tan difícil de comprender.”

Matías niega con la cabeza sin dejar de ver la bolita de arcilla que tiene entre las manos. Sus rizos oscuros se menean de un lado a otro. “Da igual Selma, al final ni pasó nada.” Replica con cierta incongruencia en su tono. Ya no se está riendo. “Vamos por lo que hace falta, antes de que nos topemos con más problemas.” Dicho esto, se adelanta por el camino, aunque no sabe a dónde va.

Me le acerco para tocarle el hombro un momento. “Oye, es para el otro lado.” Él se detiene en seco, bajando la cabeza y suspirando con murria, como fumador exhalando una nube pesada de tabaco.

“Lo siento.” Musita al final. Todavía sigue amoldando la arcilla. “Sabes que estoy medio tumbado del burro, creo que a veces se me van detalles importantes y luego eso se vuelve un problema.”

Lo he juzgado muy duro, otra vez. Ahora quien anda de malvibrosa soy yo. “No digas eso, todavía estás aprendiendo.” Le digo, tocando su hombro con un par de palmaditas. “Perdón si soné muy ojete, nomás quiero que tengas cuidado. Hay mucho que todavía desconoces. No sé, no me gustaría que te pase algo por mis descuidos. Debí especificarlo.”

Matías voltea, su clásica sonrisa chueca iluminando de nuevo su rostro. “Ay ya, no seas tan seria.” Ríe. En eso me arroja la antes bolita de arcilla, ahora convertida en un perfecto corazón curvado. Yo la atrapo con facilidad. “Ándale, que Ana Lisa nos está esperando.”



Una vez más no puedo evitar devolverle la sonrisa. Trato de enchuecar la ceja como él lo hace, pero nomás se burla de mí. “A ti no te sale.” Se carcajea. Le agarro el gorro de la sudadera y se lo subo hasta cubrirle la cara completa entre risas, después mis piernas se echan a correr. Él se va tras de mí. De pronto pareciera como si el ambiente se hubiera aligerado a nuestro alrededor. Los grises dejan de palidecer, el follaje casi hasta vuelve a recuperar lo verdoso.

Matías se encarga de sacar los guijarros del riachuelo mientras yo palpo suavemente la madera en forma de enagua que integra la protección del espíritu que posee el abedul, uno muy anciano. Basta con unir mi frente contra su corteza para comunicarnos. Ya nos conocíamos, pero hacía mucho que no hablábamos. Le pido de favor que me dé algo de su sabia, prometiéndole que la próxima vez vendremos a dar una limpia extensa como es debido. Accede con gusto, es cierto que su generosidad nunca tiene límites.

Cuando despego mi frente diviso una rama descendiendo, sus ramificaciones adyacentes similares a los dedos de una mano. De la punta de uno de estos emana la sabia. Gotea y cae dentro del frasco de cristal, mezclándose con lo demás. Su viscosidad termina por unificar todo lo recolectado. Le agradezco nuevamente al abedul enterrando mi mano entre sus raíces salidas, haciendo crecer cerca un obsequio, un diminuto brote de orquídea para hacerle compañía. Tras plantarlo y despedirnos, me vuelvo hacia Matías, quien sigue arrodillado descalzo en el riachuelo con los pantalones arremangados hasta los tobillos.

Mientras se pone los tenis otra vez, me enseña los tres guijarros verdes que sacó del mero fondo. Son redonditos, re perfectos. Después de meterlos en el frasco podemos preparar el talismán que nos ayudará a librar a Ana Lisa del espejo. Matías me acerca el dibujo. Con un poco de carbón que tengo guardado en el bolsillo derecho de la mochila me encargo de pintar la simbología faltante al dibujo. Quien lo sumerge en el agua es Matías, y al hacerlo la tinta sobre el papel adquiere luminiscencia propia. Enrollo la hoja y la meto dentro del frasco.

Nos tardamos más en la ida que en la vuelta, después de todo entrar al baldío es más complejo que salir de él cuando ya encontraste lo que venías a buscar. Resulta que nos fue más sencillo subir una cañada



que bajarla. Al menos esta segunda vez no nos dimos en la madre. Al regresar a mi casa, mamá ya estaba ahí. Nos escabullimos al recibidor para avisar a Ana Lisa de nuestra llegada. Creo que jamás he visto una expresión más enternecedora que la de su rostro conforme Matías le iba apaciguando los nervios contando que pronto volvería a casa.

Desengancharla del espejo fue lo más complicado. Tuvimos que intentar unas seis veces el encantamiento del libro hasta que finalmente funcionó y el cristal se resquebrajó en varios pedazos frente a nosotros. Pudimos observar bien a Ana Lisa cuando estuvo fuera; cabello teñido de fuego, como el mío, pero sujeto en trenzas larguísimas, además de bellísimos ojos ámbar y unas mejillas suaves recubiertas de pecas cual mapa de constelaciones. Quisiera haber podido abrazarla. Ni siquiera nos estábamos despidiendo todavía cuando Matías comenzó a llorar.

Para el último paso fue necesario que recitáramos un mantra peculiar. Matías y yo cerramos los ojos, hincados rodeando la mezcla de ingredientes obtenidos del baldío. Nuestras manos se alzaron de frente. *“Que mi afecto te proteja, que la música más mística te acompañe en el camino. Aspiro a liberar al desdichado, a hacer un bien sin esperar nada a cambio. Vuela, vuela lejos. Extiende tus alas y aventúrate a lo profundo. No temas, que todo va a pasar. No temas, que te espera un buen camino más allá.”*

Al levantar la mirada, el contenido del frasco se había vuelto violeta. Este se escapó del contenedor adoptando la forma de una bandada de bellas mariposas, rodeando la silueta de Ana Lisa con premura y cariño. Los tres dijimos adiós intercambiando expresiones enlagrimadas, y percibí por el rabillo del ojo como Matías le hizo un gesto de corazón con ambas manos. Al terminar de dispersarse los aleteos sobre el aire, Ana Lisa desapareció.

Al final había pensado en decirle a mi madre que se me cayó el espejo mientras intentaba acomodarlo ya que parecía estar chueco, pero ella me gana preguntando que cómo nos había ido en el baldío. También quiere que le contemos todo durante la comida acerca del fantasma y demás. Me giro hacia Matías, pero nomás se hace menso tomándole al jugo. Él y su bocota. Lo bueno es que mamá no se molestó conmigo como ha sucedido en otras ocasiones, supongo que quizás ya me considera lo



suficientemente responsable. De cierta forma, eso me hace feliz. Matías es quien se encarga de relatar la historia, como siempre, cambiando algunos aspectos e imitando mi voz haciéndola sonar más chillona. Se está ganando otro zape.





El vaso

Claudia Castañuela

claudiacastanuela@yahoo.com

Desde mi nacimiento me convertí en el vasito tequilero. Gracias a la transparencia de mi cuerpo he podido observar varias hazañas en esta vida; todo comienza cuando me toman del anaquel y me ponen como trofeo para ser ganado en las barras de los bares, las mesas cuadradas del comedor, las mesas redondas de las terrazas o en las mesas periqueras cercanas a las pistas de baile, yo en éstas es en donde más me divierto.

Primero me bañan casi hasta rebosar de un líquido aguardentoso y siento y veo muchas cosas bonitas y luego otras no tanto. Me despojan con singular alegría del relleno líquido aquel y del cual me asusta la manera tan sigilosa del grito del “pa’ dentro” porque me chupan de un jalón y me avientan a la mesa, me azotan, me caigo, me quiebran mis sentimientos a veces y ya me olvidan por un rato y luego va otra vez. Pero sin duda lo que más y siempre he disfrutado es cuando unas de esas chicas guapas de las mesas del lugar posan sus labios entintados en mi boca, mi boca, sin presumir, es la del tamaño perfecto para cualquier tipo de labios, los carnosos, jugosos, delgados, sexis, o atrevidos.

Por lo general me chocan contra un tocayo, luego escucho la palabra “salud”, me besan súper rápido e inmediatamente después transportan, en un muy corto viaje y en paladares de diferentes sabores y de lenguas descoloridas, delgadas, rosas, largas o geográficas el muy aclamado tequila de agave azul.

Ayer no tuve una linda experiencia, estaba en el bar “Neils” en la Calle 14 y la 7a Avenida y en el cual ya llevo varios años trabajando, sé que es uno de los antros más famosos y con más caché de la ciudad. Me trasladaron con mis brothers y una botella de Tequila Patrón a una mesa de puras chicas guapas, vestidas con elegantes “Little black dress” que para mi gusto son demasiado “littles” y lo que sí, es



que eran todas unas bellezas, yo creo ninguna pasaba de los veinte años, los maquillajes, pensé, eran todos unas obras de arte; luz, color, sombras, glamour y sus cabellos, unos planchados alaciados y unos con rulos aguados que les daban un toque angelical a sus melenas doradas, chocolate o negro azabache y seguro les resaltaba el ser puras “niñas bien”.

Llegó el momento en que todos disfrutábamos de la música *punchis punchis* y luego vino el R&B. En el Neils bailaban todas ellas muy juntitas y cerca de la mesa, no pretendían dejarnos solos en toda la noche y mis brothers, los vasos tequileros y yo nunca nos perdimos de estar muy bien surtidos de ese elixir raspador de garganta que beben de nosotros como si el día de mañana se fuera a extinguir el último líquido magistral que a todas ponía de tan buen humor. Yo, mientras, disfrutaba de los grandes besos de esos labios rojos, labios entintados, labios resbalosos de tanto *gloss*, de tanto brillo, con *glitter* y algún que otro labio casi adormecido. Con el puro beso que me dan antes de que se les resbale por sus lenguas divertidas el trago amargo de felicidad con ese yo me pongo muy “happy” por no decir otra cosa más bochornosa pero bueno, estaba tan excitado con la ama de mi cuerpo cuando de pronto apareció Roger en la mesa, con sus *jeans* entubados y saco azul muy elegante sobre una t-shirt blanca cuello V, vestido perfecto para la ocasión y ví como Regina se ruborizó. Roger la abrazó por la muy delgada cintura y le dijo: “Ya llegué mi reina, ¿me estabas extrañando?”

Regina no supo que contestar, claro que lo estaba esperando pues él había hecho la promesa de llegar. Yo vi que las manos largas, elegantes y preciosas de Regina no encontraban como actuar, si quitarse el mechón rubio de la cara, hacer ondas con la parte baja del cabello o simplemente tomarme a mí y hacerme vibrar con tal emoción y nerviosismo para echarse un gran trago de valor.

- ¡Ah con que sí me estabas esperando! -Le dijo Roger al voltear a ver la mano de la bella que al fin había encontrado mi cuerpo cristalino y me tenía muy bien agarrado.

- ¡Ay no! Ni pensé que vendrías - Le contestó Regina aclarando su garganta para que Roger no notara la temblorina por nerviosismo en su voz.



Roger sonrió de ladito sabiendo en el fondo que Regina disimulaba el estar feliz de que hubiera asistido.

Yo sólo supe que ese sería el comienzo de un fin, ya muy bien me sé estas historias. La noche después de tantos tequilas acabó con la magia de la seducción, la chica vomitaba como volcán en erupción, mis besos también se acabaron en un momento y la música se apagó, se encendieron las luces del Neils y de pronto las bellezas que yo había visto llegar con mi Regina cuatro horas atrás se encontraban tiradas por doquier dormitando en escaleras y sillones descoloridos, los vestidos negros elegantes parecieron harapos sudados y empapados de alcohol, los cabellos bien peinados se enmohecieron en mechones apretados y los maquillajes e inigualables obras de arte se convirtieron en Picassos, no eran más que horribles esculturas de papel maché. Los labios, esos que me hicieron soñar parecían más que bocetos de líneas acebradas con grietas pegajosas y las pestañas que tanto coquetearon no eran otra cosa que patas de araña peluda a mitad de cejas y párpados.

Regina, la más hermosa, se fue ya no tan hermosa. Al Roger, que tenía el pelo antes engominado le salían mechucas de grasa por detrás de las orejas y el saco que pensé que era un Ferragamo decía “La comer”.

No entiendo por qué siempre me pasa. Todas las noches espero con emoción a que den las diez, a que quiten las cadenas, se abran las puertas y lleguen todos al Neils y me busquen y me tomen y me besen. Siento la música, los dedos de las chicas sobre mi piel, a veces me hacen cariños y cosquillas alrededor de mi boca con su dedo índice y mejor aún si lo hacen con el anular, pero no sé, quizá no soy demasiado excitante para durar con ellas toda la noche, ninguna me lleva a su casa, se vacía el Neils y vuelvo a la lavaplatos a sentir el vapor candente para que olvide mis sueños y me vuelvan a poner en la misma repisa una y otra vez ya que me seco y me enfrió. Quisiera ser el Roger, ese que se llevó a Regina y que de seguro le quitó su vestido corto y se encontró con su belleza juvenil de piel tersa, pechos tiernos y redondos perfectamente posicionados, que intentó jugar una carrerilla con sus dedos recorriendo desde el ombligo



precioso a un puente divino enjugado en una invitación a encontrar el más puro fervor y luego como un gran macho y eficiente Don Juan hacerle el amor.

El siguiente fin de semana, lo tengo decidido ya, me aventaré al bolso de Regina para que me lleven al motel, a que sigamos fuera del Neils y juguemos los tres. Deseo tanto salir, verla en su lencería de encaje por fin, ser el espectador de una noche de pasión, de sentirme un hombre macho aunque no sea mi cuerpo un ser viril y gozar, deleitar mi excitación contemplando su cuerpo enardecido, saborearme las ganas de toda ella, saciar mis anhelos de poseer a Regina solo viendo desde el buró su exquisita desnudez en nuestra intimidad, ya no solo soñar si no vivir mi deseo sexual, ése que con todo el dolor de mi alma se queda siempre triste y solo en el mismo anaquel.





Fragmentos de una testigo

Joe Stanislao Montes Colunga

Joecolunga@outlook.com

MÉXICO

Entonces, la presión y la influencia que tiene el peso de una sociedad hambrienta de la verdad los ha reunido en esta sala que en pocos minutos se convertirá en un espacio cuya claridad saciará el morbo que ha ocasionado este caso. Tanto se ha dicho desde que salió a la luz lo sucedido en el departamento cinco de la calle Guirnaldas. Estos últimos días he recibido la visita de cientos de personas que no son nada diferente a ustedes, en busca de lo mismo; una verdad, algo que decirles a las gentes de allá afuera, ansiosas de olvidar su miserable vida para hundirse en un hecho fortuito que no le compete a ninguno de los de afuera, ni a los aquí presentes. Pero no puedo permitir mentiras que no están a la altura de lo ocurrido aquella noche. No me puedo permitir falacias a la imagen aún viva de ellos y a todo lo que trae consigo ese instante. Es por eso que yo los he citado el día de hoy, no el montón de sus inservibles trabajadores que con apuntes en libretas intentan armar el rompecabezas de lo que con mis propias manos he llevado a cabo.

El impacto de la mosca contra la ventana se confundía con el golpeteo de las gotas de agua. Allá afuera llovía. No era temporada, pero caía una de esas tormentas que se quedan guardadas en alguna parte viva de nuestros recuerdos. La mosca quería huir, ¿de quién o qué?, ¿acaso era de mí? Enfrente del departamento había una cafetería con un letrero de luces neón. Por la noche, la luz roja se filtraba de entre una pequeña rendija que dejaban las



cortinas de terciopelo. Aquella luz roja flotaba en todo el apartamento gracias a las partículas de polvo que volaban alrededor de nuestra existencia o al menos, de los resquicios que habían quedado de esta. El zumbido de las alas del insecto no me permitía escuchar más, ¿es que acaso quería huir de mí? El tin-ti-neo de las luces color rojo neón combinadas con el azul terciopelo de las cortinas danzaban salvajemente a través de las partículas de polvo que se habían acumulado estos días. La puerta también respiraba, ¿estaba sofocada?, ¿trataba de huir? Aquella había sido testigo de la negación previa que acontece cuando dos cuerpos vivos tienden a no aceptar sus destinos; los rasguños sobre esta, la uña enterrada arriba de su perilla, solo era un precio razonable que la puerta tenía que pagar por presenciar el momento justo en el que dos almas caen en cuenta que todo aquello que habían creído perdido en los enredos de su memoria se encontraba tan solo en la punta de un instante.

La armonía que cohabitaba el apartamento hace unos días había transcendido a una violenta paz que cada cierto segunda era quebrantada por una goteante luz roja neón que poco a poco comenzaba a sofocarme. Del otro lado del piso descansaba un comedor que lucía mejor bocabajo. Siempre me pareció que necesitaba mucho espacio. Del foco que colgaba en el techo ya solo sus restos descansaban en la alfombra que de muy mal gusto habían instalado los antiguos dueños. Anterior a este se encontraba un lindo vitropiso de madera que se dejaba entrever gracias a los rasguños que por una suerte de milagro abrieron la alfombra percutida que asemejaba un color azul con triángulos rojos que hacían parecer al apartamento todo menos un hogar. Por su parte, otros escombros de la bombilla



se clavaron en la planta de mi pie cuando corrí hacia la ventana al tratar de evitar que la mujer se aventara por ahí, así dando fin a su existencia por cuenta propia.

Era una noche de julio. Las apasionantes lágrimas de la mujer se confundían con lo resbaloso de las gotas de lluvia que caían sobre su reflejo en la ventana. Veía a los amantes en aquella esquina de siempre, en el mismo sitio y hora de ese día característico de la semana. ¿Qué cómo sabía que eran amantes? El deseo, señores, ese deseo que nació en el momento en que uno de ellos se atrevió a dejar lo efímero de su vida para ahogarse en los juegos del sexo pasional y en el tic tac del reloj. Los amantes, señores, a los que una mujer, imperceptible por la luz neón que se proyectaba sobre su apartamento, los miraba deseando ser ellos, soñando con despertar y ser alguno de los dos. Los amantes, los de siempre. A los que no les caen los espasmos del tiempo, ya que ninguno de ellos se atreve a saltar la barda que se sostiene por ese deseo que se susurra al oído y que sirve como mantra para volver a sentir sus carnes tan juntas que solo por una fracción de tiempo dejan de ser ellos para pasar a ser un solo ente que vive de esos encuentros a los que una mujer excitada mira desde la ventana.

Frente a la entrada del apartamento, del lado izquierdo, se encuentra una diminuta cocina amarillenta, invadida en grasa y a solo unos cuantos pasos enfrente de esta siempre estaba él. El hombre que nunca hizo nada de su vida más que penetrar con su mirada en medio de la noche mi sueño. Aquella mirada, señores, esa mirada que cuando por fin se alineó con la mía, me suplicaba una última oportunidad, pero a su vez me rogaba darle fin a su ocioso tiempo. En ese pequeño espacio del apartamento, a un costado de la amarillenta



y cochambrosa cocina se encontraba el hombre desparramado en un sillón de cuero tinto, viendo una televisión análoga los últimos informes de la cámara de diputados; si alguna vez se lo preguntaron: “¿Quién realmente ve ese canal?”, la respuesta estaba sentado en un sillón de cuero tinto que emitía ruidos incómodos cada que él y ella hacían de lado el asco que sentían sobre el cuerpo del otro para hundirse en formas y figuras muy distantes de lo que él y ella verdaderamente eran. El hombre solía vestir con pura ropa interior provocando que lo pegajoso de su piel se fusionara con el sillón tinto de cuero. A la misma hora que la mujer presenciaba el ritual de ellos, la imagen de la televisión se reflejaba sobre la ventana transfigurando la figura de los amantes y eso daba como resultado un retrato de promesas y represiones políticas hacia un estado.

¿Por qué me mira así? Claro que traté de explicarle lo que sucedía. No solo a ella, sino a todos. ¿Mi rostro no le es familiar, señor? Porque el suyo ya lo había visto antes. Después de tantos intentos, ¿no hubiera hecho usted lo mismo? Solía oírla llorar por las noches, preguntándose la verdadera razón por la que seguía con vida, yo realmente no le importaba. Ella solo quería encontrar a las espaldas de su depresión la identidad que por derecho terrenal le pertenecía. Todo esto cambió cuando llegó él con su televisión análoga y ese sillón tinto de cuero. Al final, ese parche de carne embarrada en un pequeño espacio del apartamento fue lo que la negó a convertirse en la imagen viva que representaban los amantes mientras se gozaban, mientras ella luchaba por anteponer su mirada ante la proyección que causaba la televisión de él, al que alguna vez lo creyó la fotografía sensorial



que quedaba guardada en su memoria como cada que los miraba a ellos a través de la ventana.

Para serle sincera no fue difícil. Solo fue eso, un impulso de adrenalina, momentos en que se toma el valor necesario, un valor que juega con lo filoso. El hombre no representaba un reto, era bajo y su piel parecía incrustada a lo adhesivo de sus huesos. Ella era todo lo contrario, mujer corpulenta que negaba todo intento de un combate físico justo, pero tenía un momento de vulnerabilidad un día a la semana a una hora en específico.

Un tin-ti-neo azul se filtraba por entre las cortinas rojas de terciopelo, tal vez habían pasado días o tan solo un parpadeo; eso es el tiempo señores, una cadena de instantes que se entrelazan por acontecimientos banales y no banales que dan como resultado algo efímero a lo que llamamos vida. Allá afuera llovía y una mosca trataba de huir de la escena, ¿acaso no le gustaba el olor putrefacto de la armonía? A la izquierda de la cocina se encontraba tirado el comedor tras aquel juego que se asemeja a ser la última persona sentada en la silla, pero había transcendido a jugar por la vida de la mujer. La alfombra había sido abierta por la terquedad de las uñas del hombre, esto provocó que se dejara entrever un lindo vitropiso que poco duró ajeno a lo que acontecía luego de tener huellas de mi propia sangre al clavarse restos del foco en la planta de mi pie tras correr hacia la mujer para evitar que llamara la atención de cualquier persona que transitara por la calle o interrumpiera para siempre la vida de los amantes.

El apartamento no siempre estuvo como ustedes lo encontraron en esa noche de tormenta. Bienvenidos a mi hogar. Frente a la entrada tienen la habitación de él y ella; un



cuarto sombrío, invadido en chinches y sofocado gracias a la carencia de algún tipo de ventilación. A la derecha de la habitación está la cocina cochambrosa que es aluzada con un foco que irradia una luz demasiado naranja que era combinada con un papel tapiz amarillo. A la derecha de la cocina, pero a la izquierda de la ventana se encuentra un comedor enorme que entró de milagro por la puerta principal, con una madera negra carcomida por el tiempo; la mujer se lo había encontrado en la basura. Frente a la cocina, el sillón tinto de cuero y frente a este, una televisión análoga que necesitaba una extensión para poder encenderla. Las ventanas son adornadas por unas cortinas de terciopelo rojo que le fueron heredadas a la mujer por parte de su madre. No señores, yo no tenía habitación, yo solo observaba todo desde el lado contrario de la ventana. Pueden sonar distantes las palabras “lado contrario”, en realidad eran unos cuantos metros, pero cuando se vive de esa manera, señores, las distancias se deforman y pasan de una sola línea recta a vértices que parecen no tener fin.

El apartamento se había cubierto de una densa nube de silencio y polvo que bañaba la circunferencia del espacio con un ambiente frío y fantasmagórico. Él bocarriba viendo quién sabe qué cosa en el techo en donde solía estar un foco, con sus ojos paralizados y la quijada completamente petrificada al no alcanzar un último grito de piedad. Ella descansaba a un costado de la ventana, junto al comedor tirado bocabajo, con un ligero trazo en la garganta que para nada fue uniforme debido a que el tajo fue hecho a sus espaldas. Podría apostar mi vida, señores, que ella se encontraba soñando con la viva imagen de ellos. Yo también los vi, creí que se trataban solo de un mito, pero no es así. Un



roce. Comprobé su existencia mientras la mujer golpeaba la ventana. Un deslice por las mejillas. Al tratar de pedir ayuda a lo primero que se cruzara en el camino. El juego de los dedos. Pero más que pedir ayuda se encontraba tratando de llamar la atención de ellos. Hallazgo en sus ojos. Como ese último deseo. Suspiros alargados. Ese mismo deseo que permitía los encuentros semanales en aquella esquina de siempre. Choque tibio de sus labios. Ese deseo, señores. El duelo de una boca contra la otra. Fue lo que la motivó a golpear la ventana con lo último de vida que le quedaba. Un tin-ti-neo rojo. Tenía la esperanza de que la voltearan a ver. El encuentro de los amantes. Y la aceptaran como una de ellos.

